



DOCUMENTO DE DEPÓSITO DE TRABAJO FIN DE GRADO

GRADO UNIVERSITARIO EN: Arqueología

CURSO ACADÉMICO: 4

CONVOCATORIA: Junio

Apellidos y nombre del alumno/a: Mateos Orozco Ana

Título del TFG: El siglo VIII y la Arqueología. Estado de la Cuestión y Revisión.

Tutor/es:

1. Fernando Amores Carredano

En Sevilla, a 5 de Junio de 2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	2
OBJETIVOS Y METODOLOGÍA.....	3
PROBLEMÁTICA	4
JUSTIFICACIÓN	6
ESTADO DE LA CUESTIÓN	8
HISTORIOGRAFÍA.....	8
ESTUDIO BIBLIOMÉTRICO	10
EL REGISTRO MATERIAL DEL SIGLO VIII.....	16
EL GARB AL-ANDALUS. EL EJEMPLO DE SEVILLA	33
LA LLEGADA DE LOS MUSULMANES	33
DE HISPALIS A ISBILYA	36
LA CERÁMICA DE LA PLAZA DE LA ENCARNACIÓN.....	42
CONCLUSIONES.....	49
BIBLIOGRAFÍA	52
ANEXO DE FIGURAS.....	57

INTRODUCCIÓN

Resumen:

Tras la llegada de los musulmanes a la Península Ibérica se sucede toda una serie de cambios que pueden observarse en el registro material. De esta manera, la arqueología puede arrojar luz sobre el alcance de estos procesos así como el tiempo que tardan en producirse. Sin embargo, los estudios arqueológicos sobre el siglo VIII son escasos en casi toda la península. Con el presente trabajo se realizará un Estado de la Cuestión que muestre el panorama actual de la investigación y su alcance. Finalmente, se incluyen materiales paleoandalusíes de la ciudad de Sevilla y su interpretación arqueológica.

Abstract:

After the muslim conquest of the Iberian Peninsula took place a series of changes that can be observed in the material register. Thus, the archeology can light up the scope of these processes and how long did they take. Nevertheless, the archaeology studies based on the VIII Century, are limited in almost the whole Iberian Peninsula. In this work we will write a State of the Matter that shows the actual panorama and their range. Finally, archaeological materials of Seville and their archaeological interpretation are included.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Con el presente trabajo realizaremos un estado de la cuestión de los estudios sobre las evidencias arqueológicas del siglo VIII y la transición entre el mundo visigodo y la etapa emiral en la península ibérica, realizando un recorrido historiográfico a nivel general y atendiendo a aquellas zonas en las que la investigación ha adquirido una especial relevancia, como es el sureste peninsular.

Buscaremos además, dar visibilidad al registro material del siglo VIII, especialmente centrándonos en la zona de Andalucía Occidental y el Sur de Portugal, conocido como *Garb al-Andalus*. Debido al poco material disponible para el estudio, tomaremos como referencia el caso de Sevilla, ya que disponemos de los materiales obtenidos de la excavación en la Plaza de la Encarnación, fechados entre los siglos VII y VIII.

Este siglo comprende una etapa fundamental y de especial relevancia en la historia medieval española, puesto que tras la conquista en el 711, la Península se adaptará a toda una nueva serie de costumbres. El alcance de la conquista también puede analizarse desde la peculiaridad del registro material a través de la arqueología. El registro material supone, en ocasiones, el reflejo de muchas de las pautas culturales en el ser humano.

Sin embargo, los estudios arqueológicos para estos momentos son, como ya veremos, escasos en su mayoría (con excepciones) y muchos de ellos destinados a estudiar la segunda mitad del siglo VIII y por tanto, el repertorio propiamente emiral omeya.

En el caso andaluz existe un método para la detección y el control de yacimientos, principalmente rurales, a través de los resultados de las diferentes prospecciones realizadas desde 1980 hasta la actualidad. A pesar de que cuenta con carencias, debido a que entre la década de 1980 y 1990 no se conocían los materiales tardoantiguos y emirales, aporta bastante información, especialmente a partir del año 2000 (Amores Carredano y García Vargas, inédito). A pesar de que es una herramienta de gran interés, no hemos podido aplicarla de manera directa en este trabajo, aun así, incluimos en el Estado de la Cuestión algunos de los datos obtenidos en el estudio mencionado previamente.¹

¹ Estos datos han sido facilitados por el profesor Fernando Amores, coordinador del trabajo.

El objetivo es, por tanto, poder esclarecer qué materiales son los que encontramos en esta zona durante la transición cultural que tiene lugar en estos momentos y, sobre todo, establecer las bases del estado de la investigación en la actualidad, repasando los lugares donde se ha desarrollado con mayor fuerza, principales autores dedicados a ello y aquellos otros lugares exponencialmente interesantes para investigaciones futuras.

Se intentará establecer una explicación al interés y a la vez desinterés sobre este periodo teniendo en cuenta la problemática de configurarse como un siglo bisagra y a la sombra de otros con una magnitud de materiales mucho mayor.

El método de trabajo se basará principalmente en la lectura comprensiva y comparativa de diferentes artículos de publicaciones especializadas. En muchas de estas este periodo no se trata con la profundidad que se debería o bien pasa desapercibido. Con todo esto se realizará el Estado de la Cuestión. Posteriormente, teniendo en cuenta todos los artículos obtenidos tras una búsqueda en diferentes buscadores de artículos científicos se llevara a cabo un estudio bibliométrico, el cual se explicará con mayor detenimiento en un apartado posterior de este trabajo, así como sus resultados.

Con estos datos, unidos a los artículos seleccionados para su lectura, podremos establecer cuáles son las líneas generales que sigue la investigación, los lugares de mayor producción, los más estudiados, etc. Esto servirá para poder apoyar las conclusiones realizadas al finalizar el trabajo.

Finalmente, compararemos las formas y tipologías cerámicas ya estudiadas y establecidas en el sur de Alicante, Mérida, Córdoba o Hellín, con las figuras inéditas de las excavaciones de la Plaza de la Encarnación en Sevilla. Para trabajar con los materiales de la Plaza de la Encarnación hemos digitalizado los dibujos que se realizaron tras la excavación del yacimiento.

PROBLEMÁTICA

El siglo VIII es un siglo de transición cultural lo que complica su estudio y el reconocimiento de sus componentes y sus límites. Este repertorio material está formado por elementos tanto visigodos como emirales, siendo usual que estos materiales se clasifiquen en uno u otro periodo, sin llegar a crear un repertorio conjunto que sea representativo de estos momentos de transición. Por otro lado, y debido en gran parte a

que se desconocen estas producciones, estos materiales han tendido a ser confundidos con los de época prehistórica, por estar fabricados a mano o torneta, por sus bordes almendrados, mamelones, carenas, bases planas... por lo que los contextos son extremadamente fundamentales para su correcta interpretación (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003).

Fundamentalmente aparece vajilla de cocina, debido a que durante mucho tiempo, la tendencia central siempre fue estudiar elementos de prestigio o lujo, quedando estos elementos en segundo lugar u olvidados (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003; Gutiérrez Lloret, 1988).

Sonia Gutiérrez Lloret (1988) señala que otra complicación asociada al reconocimiento material del siglo VIII es el desconocimiento del registro material del siglo VII. Sin embargo, en las últimas décadas los estudios de la tardoantigüedad han ido creciendo de manera exponencial; de hecho, en nuestro caso de estudio concreto, la zona del Bajo Guadalquivir cuenta con varias publicaciones, entre las que destacamos la realizada en 2013 por Enrique García Vargas, Francisco José García Fernández, Pablo Garrido González, Jacobo Vázquez Paz, Javier Escudero y Mark Hunt Ortiz, llamado el *Bajo Guadalquivir durante la Antigüedad Tardía (Siglos III-VII d.C.). Ensayo de una tipología de asentamientos*, una revisión de trabajos anteriores de García Vargas y Vázquez Paz entre 2012 y 2013. Algunos de estos sirven como base para poder establecer cuáles son las diferencias observables desde el siglo VIII.

Los siglos VI y VII son siglos que por sí solos presentan complicaciones que dificultan su estudio de materiales al encontramos con una realidad cultural muy compleja y variada formada por hispanorromanos, visigodos y bizantinos en la costa mediterránea. La cerámica visigoda además se muestra de manera fragmentaria, casi en su totalidad asociada a ajuares y contextos funerarios (Gutiérrez Lloret, 1988).

Muchos de estos materiales ya se encuentran depositados en museos debido a que provienen de excavaciones antiguas. Esto supone también un problema a la hora de su estudio, ya que en el momento de la excavación no se atendieron como se debería. Ejemplo de ello fue el estudio de la cerámica tardoantigua y emiral del Cerro del Molino del Tercio en Granada (Jiménez Puertas, 2008).

En resumen, podemos señalar que, en primer lugar, el contexto de aparición del registro material es completamente necesario en estos casos, ya que no tenemos series tipológicas

bien establecidas (Gutiérrez Lloret et al., 2003: 161). También, debemos señalar la necesidad de conocer las formas precedentes, para así poder determinar si en este momento de cambio cultural, se dan procesos de continuidad o ruptura. En el caso de que no existieran repertorios materiales bien estudiados, Sonia Gutiérrez Lloret (1986) señala que lo más correcto sería realizar un estudio paralelo de los materiales del siglo VIII y tardorromanos, como se realiza en la Ermita de Fontcalent, en Alicante, La Alcudia, de Elche y la Arneva de Orihuela.

A nivel de trabajo investigador, podemos señalar que también existen complicaciones, las cuales vienen fundamentalmente derivadas de la escasez de publicaciones y en muchos casos del desinterés por parte de los investigadores por este siglo. Son numerosas las publicaciones cuyos títulos sugieren la temática de la transición entre la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media, y pasan por alto el siglo VIII, fundamental para la comprensión de los cambios que se sucederán en los años posteriores.

JUSTIFICACIÓN

La realización de este trabajo se justifica, en primer lugar, por realizar el estado de la cuestión de los estudios existentes sobre el paso entre la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media en al-Andalus, tras la introducción del mundo islámico. Para ello se tendrán en cuenta tanto trabajos tradicionales, como los más actuales. Todo ello quedará reflejado en el apartado de Estado de la Cuestión, y más concretamente de historiografía.

Por otro lado, y en relación con esto, servirá para poder iniciar un esbozo del siglo VIII en Andalucía Occidental, y como muestra del alcance y también de las carencias que deben suplirse en estudios en un futuro, especialmente en la zona del Garb al-Andalus. El señalar las carencias y vacíos en la investigación, no solo es una crítica sino que funciona como llamada de atención para dar visibilidad a esta etapa de transición y a sus materiales. Consideramos esto fundamental por diversas razones.

En primer lugar, debido a que los siglos de transición cultural como es el siglo VIII, presentan una singularidad y originalidad única, y permiten observar fenómenos de cambio cultural que solo pueden verse como ya hemos señalado en momentos muy concretos de la historia. Además, en el caso concreto del siglo VIII, el estudio arqueológico podría ayudar a esclarecer si estamos ante un proceso de ruptura,

continuidad o cambio paulatino, algo que no queda bien esclarecido con las fuentes escritas.

Enfatizar aquello que no se ha hecho en la investigación tradicional, nos muestra tendencias repetidas en multitud de ocasiones; en este caso, el vacío investigador se explica por diversos motivos que se retroalimentan unos a otros. Destaca el desinterés en los primeros momentos de la investigación por aquellos siglos o etapas históricas sin repertorios materiales singulares, y tras ello la escasez de estudios debido al desconocimiento, y por tanto, por la dificultad que ello implica. Consideramos que en la actualidad existen los recursos necesarios para abarcar el estudio de esta época, tanto por los avances en los estudios sobre la tardoantigüedad, como por el auge de la arqueología urbana de los años precedentes.

Estamos por tanto en un contexto que facilita y requiere el acercamiento a estos materiales, muchos de ellos depositados en museos o en depósitos provinciales a la expensa de un futuro estudio de materiales. Podemos considerar que es el momento propicio para ello, puesto que ante la tesitura actual de escasez de excavaciones e intervenciones arqueológicas, los estudios de materiales son una alternativa muy eficaz para continuar con las investigaciones sin la necesidad de intervenir con una excavación.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

HISTORIOGRAFÍA

Los estudios de cerámica islámica tienen su origen en una pequeña, pero muy importante publicación de Gómez Moreno en 1888, en la que recoge la cerámica obtenida de intervenciones en el entorno de la ciudad de *Illbirah* (Granada). Después de él se llevaron a cabo algunos estudios similares, sin embargo, debido al régimen dictatorial en España, y prácticamente de manera paralela en Portugal, la arqueología queda estancada hasta los años 70 (Carvajal y Puertas, 2011).

Tras los 70, la primera publicación de relevancia para estos estudios, es la realizada por Roselló Bordoy en 1978, “Ensayo de sistematización de la cerámica islámica de Mallorca”. En este, y en posteriores, analiza la nomenclatura y las formas de cómo indica su nombre la cerámica islámica de la isla de Mallorca, recogiendo las formas de las primeras épocas. En este mismo año se realiza el Primer encuentro de cerámica medieval del Mediterráneo Occidental en Francia, el cual supone un punto de inflexión y en él se reúnen diferentes autores con puntos de vista, y sobre todo, con formaciones muy dispares. Zozaya presenta su estudio sobre “Evolución de la cerámica en relación al marco histórico político de al-Andalus”, muy concienciado con las cronologías, y Bazzana, quien tiende más a los aspectos tecnológicos, presenta “La cerámica del *Sharq al-Andalus* en el este de España” (Carvajal y Puertas, 2011).

De esta forma, podemos observar como los primeros pasos se dan a finales de los años 70 y en la zona de la vertiente mediterránea.

Años después aparecen más autores que dedicarán sus estudios a los primeros años de al-Andalus, entre ellos podemos destacar a Manuel Acién y Sonia Gutiérrez Lloret (discípula del anterior), la cual dedica gran parte de su investigación, hasta la actualidad, al llamado periodo paleoandalusí. Gutiérrez Lloret ve un sistema de producción y distribución introducido por los musulmanes pero que continua asociado al mundo visigodo formalmente y al sistema de producción feudal (Carvajal y Puertas, 2011).

En la década de los 90 aparece otro autor concienciado con las producciones tanto altomedievales como tardorromanas, Antonio Malpica. Se desarrollan diversos congresos, así como revistas que revitalizan los estudios islámicos lo que va a permitir que avancen los estudios de la etapa paleoandalusí. Podemos destacar

Arqueomediterrania, en Badalona en 1997 y el congreso *Estudios de cerámicas tardoantiguas y altomedievales*, en Granada, coordinado por Malpica y Carvajal, en 2007. Además, desde 2001 con el objetivo de romper la frontera con Portugal, para poder estudiar al-Andalus sin los límites establecidos actualmente, se establecen el Sharq y el Garb al-Andalus, lo que genera además las *Jornadas de Cerámica Medieval y Postmedieval de Tondela* (Portugal) (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003).

Cabe destacar los congresos llevados a cabo en Mérida de la mano del CSIC, en 2001 *Visigodos y Omeyas* coordinado por Caballero Zoreda y Mateos Cruz y en 2004, *Cerámicas tardorromanas y altomedievales*, coordinado por los dos señalados anteriormente y Retuerce Velasco.

En cuanto a revistas, debemos mencionar el Boletín de *Arqueología Medieval*, *Arqueología Medieval* (Mértola), *Arqueología y Territorio Medieval* (Jaén) (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003).

Entre las publicaciones más recientes encontramos el libro *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*, publicado en 2011. En él se recogen la mayoría de estudios hasta la actualidad sobre finales del siglo VII y comienzos del VIII, así como las primeras muestras de islamización, realizando un recorrido bastante amplio por toda la península.

Una vez hemos establecido las líneas historiográficas, podemos definir cuál es el alcance de los estudios sobre la cerámica paleoandalusí en la península ibérica diferenciándolo por zonas, y dentro de estas por ciudades que han destacado con especial relevancia.

En el sudeste destaca Sonia Gutiérrez Lloret, ya mencionada, que ha realizado los estudios más completos sobre cerámica paleoandalusí y emiral, de manera paralela a la tardoantigua. Gracias a su labor se han podido establecer una serie de tipologías características de estos momentos, al menos para esta zona. Muchos de estos estudios se centran en la Cora de Tudmir. En el centro peninsular encontramos a Caballero Zoreda, Retuerce, Mateos Cruz y Vigil Escalera, todos ellos trabajan en torno a la zona de Mérida, Toledo, Madrid, etc. En el este y las Baleares encontramos a Ribera y Roselló estableciendo este último establece una seriación de la cerámica andalusí para la isla de Mallorca. En la zona oeste los estudios arqueológicos de la etapa paleoandalusí son muy escasos aunque en los últimos años se han llevado a cabo algunos en la zona de Beja.

No debemos olvidar mencionar con especial relevancia el trabajo de Miguel Alba Calzado y Sonia Gutiérrez Lloret, en el cual recogen a modo de estado de la cuestión, todas las formas ya conocidas hasta entonces (2003) de cerámica paleoandalusí.

ESTUDIO BIBLIOMÉTRICO

Este apartado se centrará en el estudio de las publicaciones científicas centradas en el siglo VIII bajo un enfoque arqueológico. Con ello intentaremos responder a diversas preguntas relacionadas con el lugar de publicación, las zonas más estudiadas, cuándo se realizan mayoritariamente estos estudios, cuál es el volumen, etc. A partir de estos datos podremos elaborar una serie de hipótesis que puedan ayudarnos a explicar alguno de los motivos por los que el siglo VIII queda relegado de la investigación.

El primer paso fue la elaboración de una base de datos lo más completa posible. Para ello se realizó una recopilación de bibliografía en diferentes buscadores de publicaciones científicas como *Dialnet*, *Fama* o *Google Scholar*. Tras esto, habiendo identificado autores relevantes en este tema, pudimos indagar más a partir de estos en portales como *Academia.edu*.

Todas las publicaciones encontradas con este método se volcaron una a una en una base de datos creada en Excel. La base de datos se diseñó enfocada a poder realizar la bibliografía del trabajo general con ella y a las preguntas que queríamos responder. Las preguntas que estructuraron la base de datos fueron las siguientes:

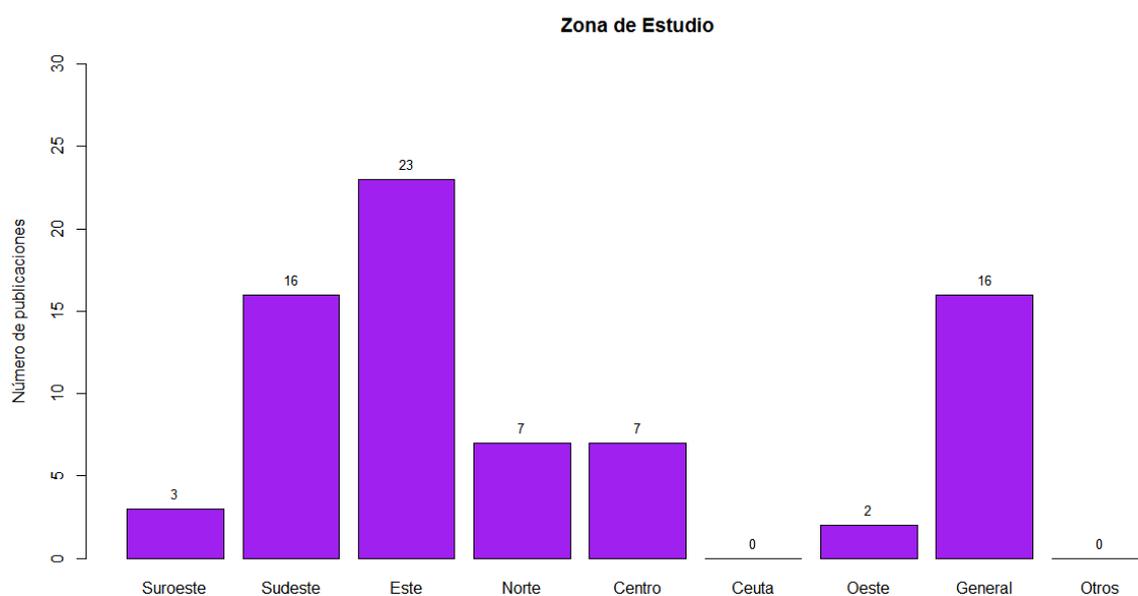
- ¿Sobre qué área encontramos mayor volumen de publicaciones?
- ¿Dónde se publican o editan la mayoría de estos estudios?
- ¿En qué momento se dan la mayoría de estudios sobre el siglo VIII?
- ¿Cuál es el tipo de publicación más utilizado?

Para trabajar con la base de datos y hacer gráficas que complementen la información se ha usado el programa RStudio. El trabajo con los datos consistió en la creación de tablas de frecuencia para cada uno de los valores, permitiendo así ver la tendencia mayoritaria para cada uno de estos y, con estas tablas, se procedió a la elaboración de las gráficas. Para cada variable se seleccionó un tipo de representación gráfica diferente, atendiendo a cómo se considera que se entiende mejor la información y cómo se representan de manera más correcta los datos.

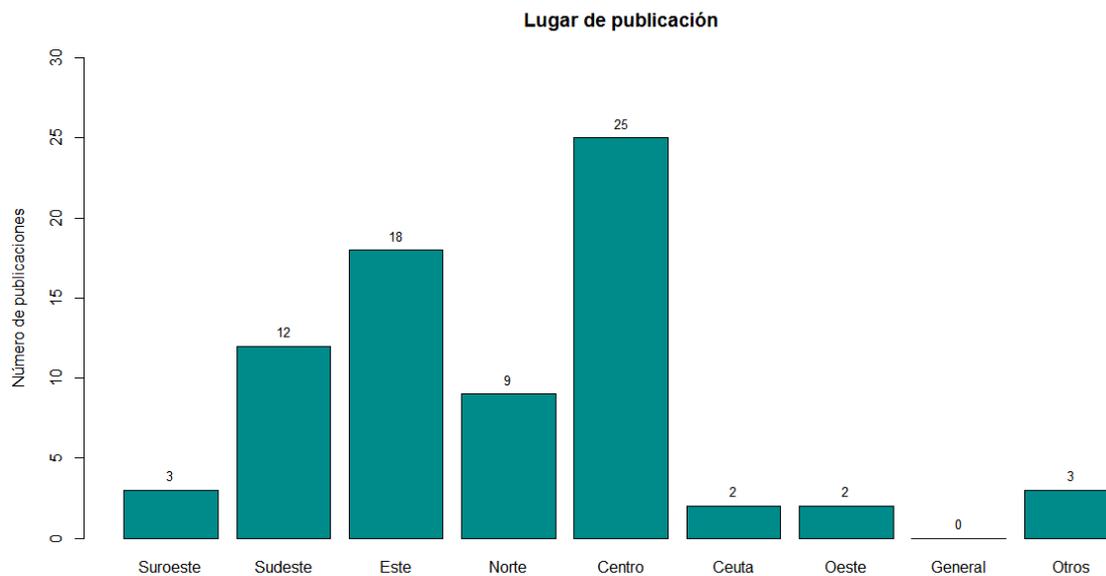
Resultados

Los primeros resultados que comentamos son los obtenidos de la variable “Lugar de Publicación”. Con esta buscábamos conocer si ante la aparente tendencia a una mayoría de publicaciones en la zona del levante peninsular, sudeste y este, esta se cumple. Para ello se elaboró una tabla con los datos obtenidos de la búsqueda bibliográfica, sin haber añadido más publicaciones de una zona u otra de manera voluntaria.

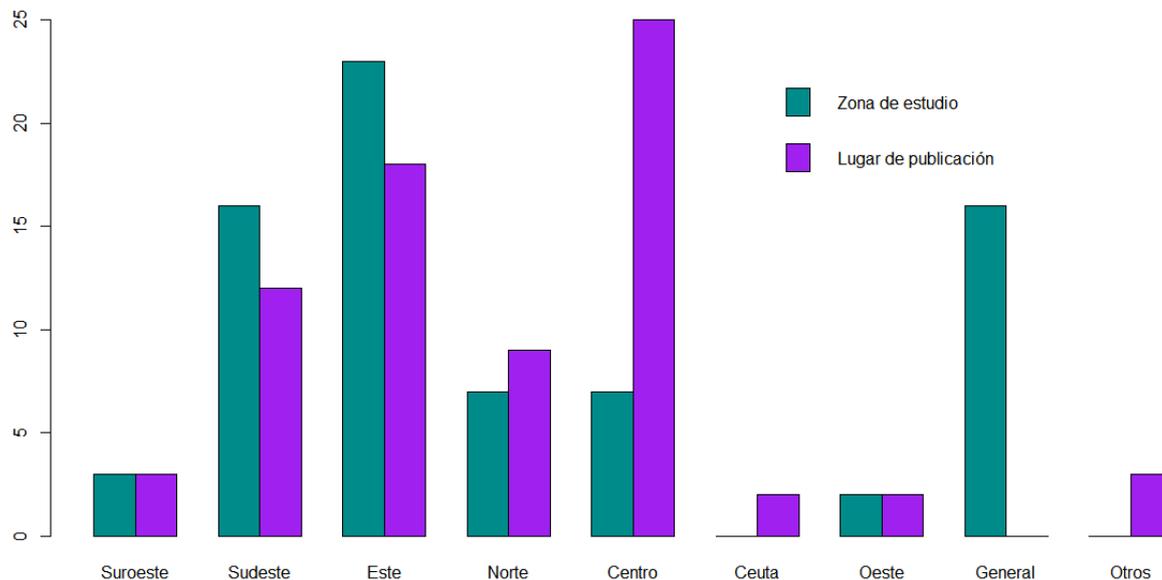
Como podemos observar, la cantidad de publicaciones en estas dos zonas es mucho mayor que en el resto peninsular. Solo se les equiparan aquellos estudios que abordan el tema de manera general y realizan análisis a nivel peninsular. Debemos señalar que a pesar de que es esto lo que infieren los títulos, e incluso palabras clave de muchas de las publicaciones, al consultarla se obtiene información de la zona levantina y el centro peninsular. De igual manera, los tres títulos que aparecen en el suroeste, abordan el tema de manera concisa y sin llegar a mostrar materiales o vestigios de algún tipo.



Tras esto, comprobamos el volumen de publicaciones que realiza cada zona. Con ello buscábamos principalmente poderlo comparar con los datos obtenidos de la tabla anterior, así como conocer el alcance a nivel investigador de cada uno de estos lugares.



Para hacer esto más comprensible, unimos los datos de una y otra tabla para poderlos comparar en conjunto. Podemos observar que a pesar de ser la zona levantina (este y sudeste) es la que más se ha estudiado, no es en esta dónde más publicaciones se producen, aunque sí que son las zonas que siguen al Centro en volumen de publicaciones científicas.



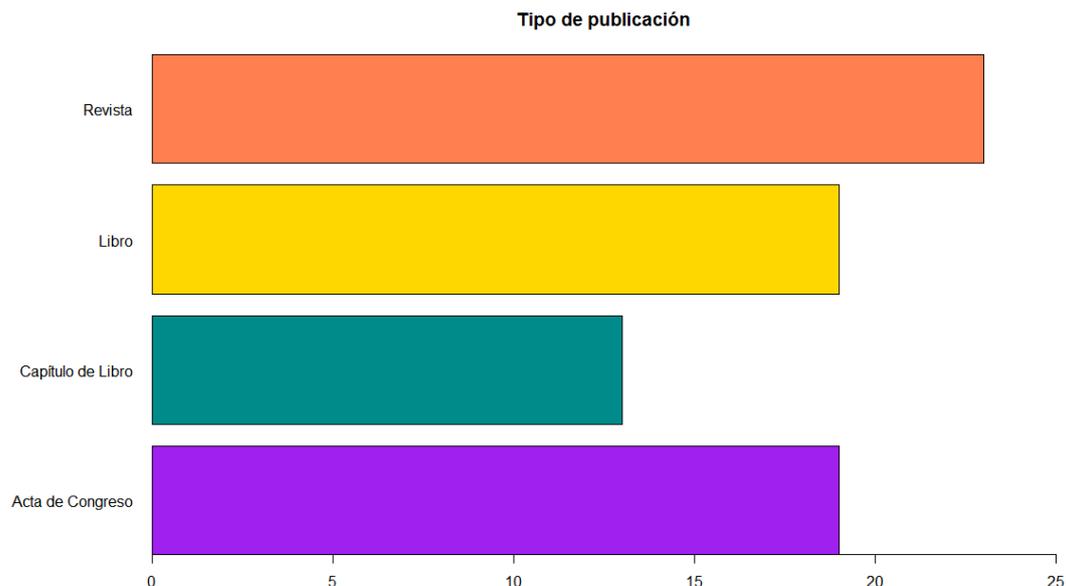
Lo siguiente a realizar fue el análisis de la cantidad de publicaciones producidas cada año. Con esto se ha podido establecer en qué momento podemos observar más estudios y podremos interpretar si esto se relaciona con alguna causa externa.

Antes de analizar los datos, hay que señalar que el enorme pico que se genera en 2011 no es representativo del todo. En la base de datos se han recogido los títulos de publicaciones conjuntas como actas de congresos, ya que no sería real poner estas publicaciones como una sola, puesto que no todos los artículos que incluyen tratan el tema. De esta forma, el pico de 2011 se explica por la publicación del libro *711: Historia y Arqueología entre dos mundos*, que recoge un gran número de publicaciones sobre el siglo VIII y la etapa paleoandalusí.

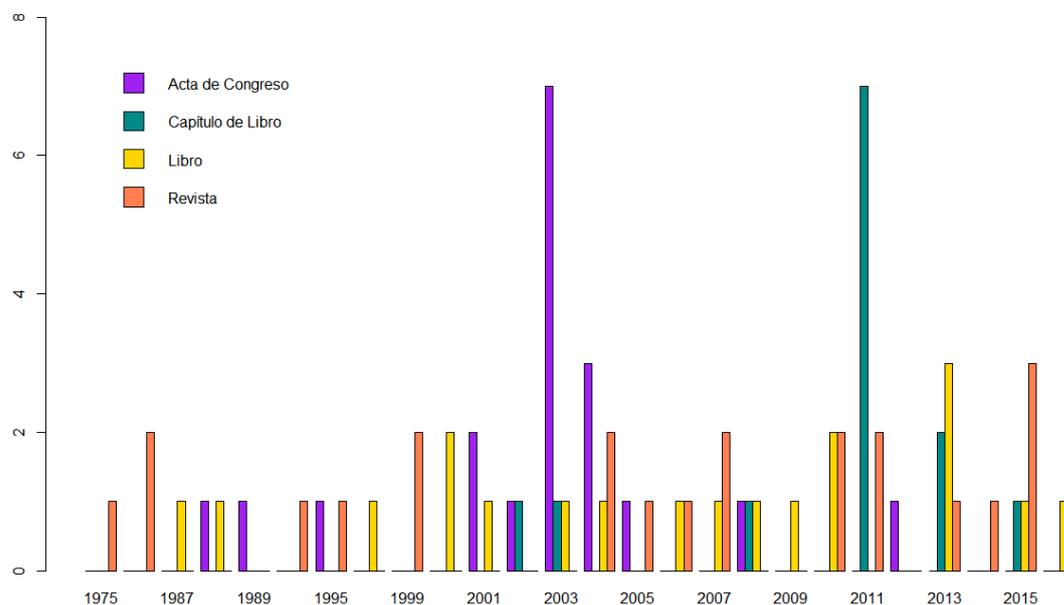
Dejando esto a un lado, podemos ver el comienzo de las publicaciones entre los años 70 y los 80. Desde el año 2000 hasta 2008, momento en el que se observa un pico bastante acentuado hacia abajo. Después de este descenso de publicaciones, vuelven a aumentar y se mantienen más o menos constantes.



Estudiar el tipo de publicación puede ser interesante para poder diferenciar los intereses y también cuánta información se dispone, ya que si no hay información suficiente sobre un tema, no es sencilla la publicación de una obra monográfica. El resultado de esta prueba nos muestra que no hay grandes diferencias a la hora de publicar en un medio o en otro. Suponemos que dependiendo de la zona sí hay variaciones, así como dependiendo del año. Para poder observar esto se elaboran las dos últimas gráficas.

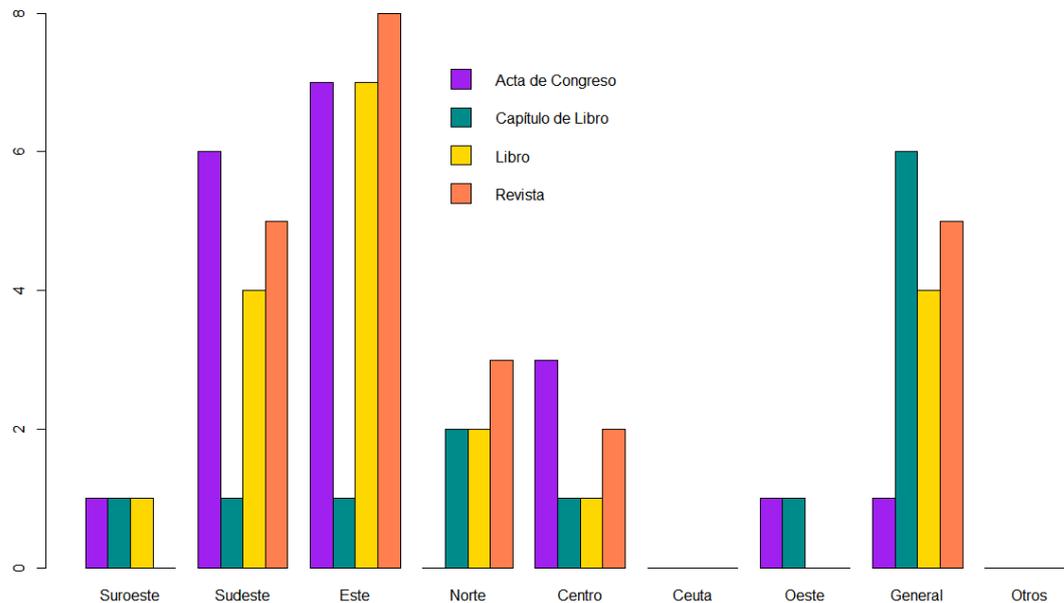


En esta comparamos el tipo de publicación con el año, podemos ver que en 2011, como ya señalamos antes, predominan los Capítulos en Libro, muchos de ellos pertenecen al libro que ya mencionamos. Por lo general vemos que la tendencia general es bastante homogénea, y que no hay grandes diferencias.



En esta sí que podemos inferir diferencias, por ejemplo, la mayor cantidad de publicaciones en libros se da para el Este, Sudeste y los estudios a nivel general, son los lugares que generan más volumen de información, y por tanto la información necesaria como para hacer libros monográficos. El tipo que más predomina es la revista ya que está

presente en todas las zonas, a excepción del Oeste. Tras esto lo más utilizado son las Actas de Congreso.



Conclusiones del Estudio Bibliométrico

En primer lugar este estudio permite ver que hay una gran deficiencia para el conocimiento del siglo VIII y que esta radica en la falta de bibliografía y por tanto, de publicaciones científicas. Sin embargo, podemos ver cómo conforme han ido pasando los años la tendencia a estudiar esta época ha aumentado, teniendo rachas con bastante producción.

El hecho de que la zona más estudiada sea el Este y el Sudeste tiene fácil explicación, como ya señalamos en la historiografía. Es este el lugar donde se comienza a investigar la cerámica medieval y en concreto el periodo que nos concierne, por tanto, no es de extrañar que, teniendo una historiografía más larga, tengamos mayor información.

Con este tipo de análisis bibliométrico podemos ver incluso las tendencias de algunas zonas a nivel de investigaciones. El hecho de que el suroeste, por ejemplo, tenga menos publicaciones para esta época, significa que la tendencia en este lugar es investigar otros momentos históricos, quizás de mayor relevancia histórica en ese territorio. Es decir, en lugares como Sevilla, existen periodos o momentos históricos de tal relevancia y que generan tanta información o interés, que eclipsan a otros.

Hemos obtenido que muchas de estas publicaciones tienen lugar en la zona centro, esto se debe a que Madrid, como capital, tiene mayor capacidad para publicar, y por otro lado centraliza gran parte de los estudios.

Quizás una de las pruebas más curiosas es la del número de publicaciones por año, en la que observamos cómo en los primeros años del siglo XXI aumentan las publicaciones de forma exponencial, produciéndose después, en 2008, una gran caída. Estos años coinciden con los años de bonanza económica y constructiva, y con ello el auge de la arqueología urbana.

EL REGISTRO MATERIAL DEL SIGLO VIII

No podemos establecer formas comunes al territorio atendiendo a aspectos tipológicos debido a la regionalización, de la que ya hemos hablado, y a que no existen tipologías establecidas de una manera amplia. Las diferencias se establecen atendiendo a criterios utilitarios y funcionales que si son comunes en el territorio (Alba y Gutiérrez, 2003; Gutiérrez, 1988).

A continuación veremos los resultados obtenidos del estudio de diferentes elementos del registro material. El apartado se ha dividido atendiendo a la naturaleza de cada uno de ellos, cerámica, registro funerario, elementos arquitectónicos y otros materiales como monedas o precintos de plomo.

Cerámica

Tolmo de Minateda (Hellín)

Este yacimiento gozó de gran importancia durante la época visigoda y durante época emiral. Se suele asimilar a Madinat Iyyuh, topónimo islámico para la visigoda Eio, nombrada entre las ciudades del Pacto de Teodomiro (o Tudmir). Durante época visigoda goza de gran importancia, ya que se configura como sede episcopal desde el siglo VI, momentos en los que también puede verse un gran desarrollo urbanístico. (Gutiérrez Lloret et al., 2003: 120-121)

Las excavaciones comenzaron en el 1988 y se han continuado hasta la actualidad. Con ellas se han determinado gran parte los espacio tardoantiguos de la ciudad, detectando cuáles de estos se mantienen tras la conquista.

La mayoría de los contextos son fundamentalmente visigodos, sin embargo en este barrio que hemos mencionado aparecen cerámicas muy diferentes, piezas a mano, grandes jarros, cazuelas planas... que puede explicarse por el contexto del siglo VIII en este lugar. En la zona de la basílica sí se han identificado formas nuevas, relacionadas con el uso doméstico de este edificio tras la conquista islámica. Encontramos materiales con mucha relación con la vajilla visigoda como jarras, botellas y ollas a torno, así como materiales relacionados con la presencia islámica, cazuelas a mano o torneta, tazas de paredes finas con dos o más asas, lucernas para colgar (solo comparables con Madinat al Zahra). En estos lugares podemos constatar la presencia de cerámica tanto novedosa como precedente.

Para nuestro trabajo el horizonte que nos interesa es el Horizonte II, en el que podemos identificar cerámicas de cronología emiral emparentadas con las producciones visigodas morfológicamente (figura 1). Estos materiales pueden compararse con los de Valencia o Cartagena para intentar esclarecer algunas formas significativas de este siglo, aun así, la datación puramente tipológica sigue siendo complicada (Gutiérrez et al., 2003: 140-161).

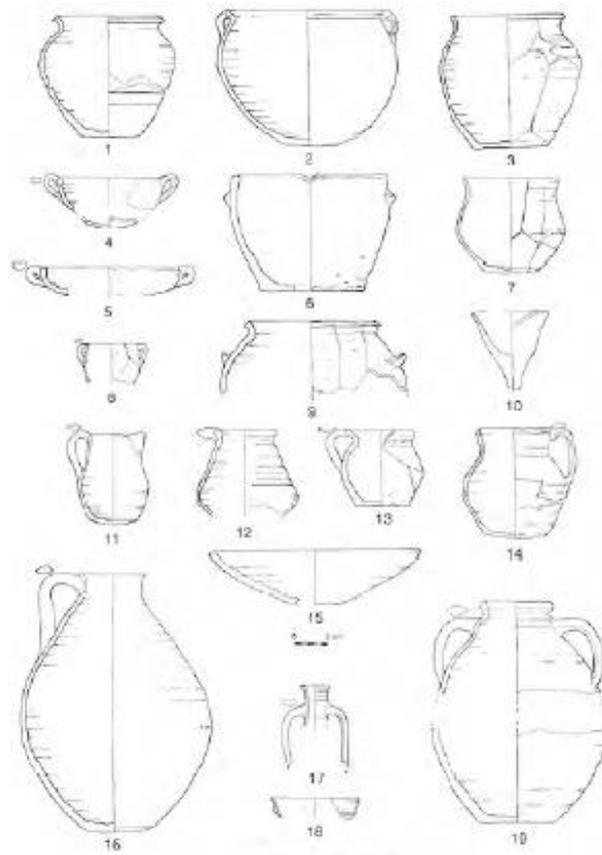


Imagen 1: Resumen de los materiales del Horizonte II del Tolmo de Minateda (Gutiérrez Lloret et al., 2003: 159)

Sur del País Valenciano

La mayor parte del material identificado está realizado a torno bajo o torneta, decorado con motivos realizados con peine, principalmente incisiones y ondulados. También aparece material a torno, cuando está decorado se observan motivos geométricos pintados o vidriados en verde o melado que cubren toda la pieza, aunque estos son los colores mayoritarios, también se ha identificado un único fragmento en color nácar.

Las producciones a torno parecen relacionarse directamente con formas tardorromanas, siendo muy característico el candil de piqueta corta, fechado entre los siglos VIII y IX. La cerámica común se realiza en torneta, predominan las marmitas de base plana y paredes rectas. Podemos determinar que el elemento más común son las ollas y marmitas, destinadas a la cocción de alimentos, así como otras relacionadas con la contención, transporte, iluminación o servicio (Gutiérrez Lloret, 1986: 161-165) (figura 2).

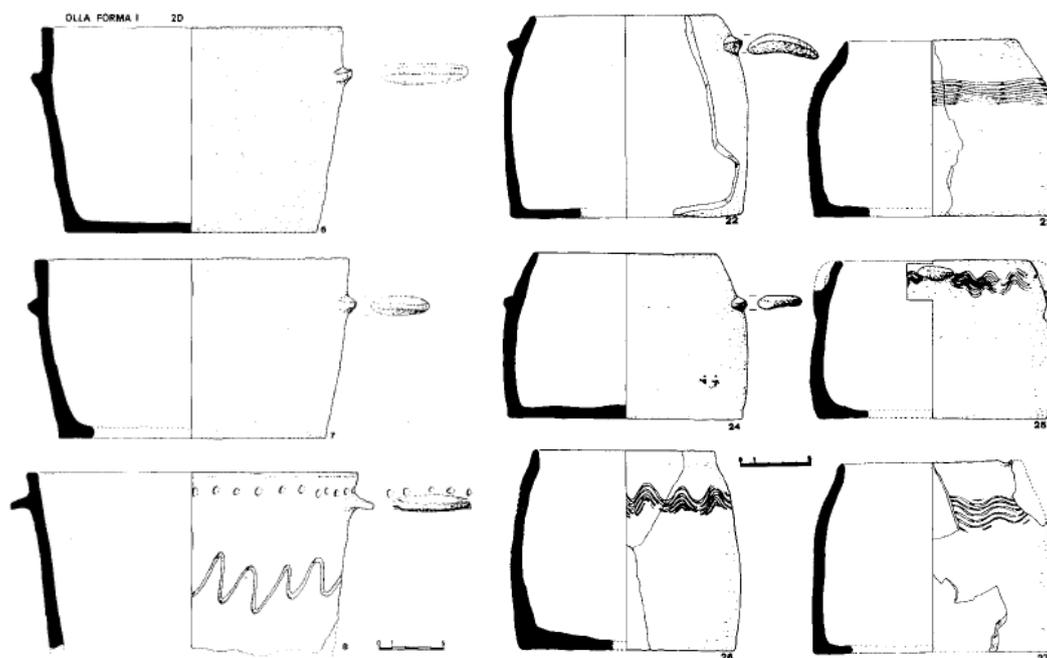


Imagen 2: marmitas de tradición tardorromana (a la izquierda) en comparación a las marmitas islámicas a mano (Gutiérrez Lloret, 1986: 150,154)

Es muy probable que estos materiales sean resultado de diferentes culturas anteriores, incluida la bizantina, que tienen una fuerte influencia en la denominada Spania hasta el 629, además encontramos una cerámica similar y con evolución similar en la zona de Cartago (Llobregat, 1985:401; Reynold, 1986:259 en Gutiérrez Lloret, 1986:161-165). Se encuentran paralelos en Murcia, Almería, Granada o Málaga (toda Spania), pero no los encontramos para las piezas a torno bajo en la zona de la Serranía de Ronda (de

asentamiento bereber). Generalmente aparecen en enclaves hispanovisigodos o mozárabes, lo que indica que son piezas autóctonas (Acién, 1985: 246-248 en Gutiérrez Lloret, 1986: 161-165).

Marroquíes Bajos (Jaén)

En Jaén encontramos materiales muy representativos para siglo VIII, las ollas trípode (figura 4), una producción muy característica de la zona, y los candiles de piquera corta² con el asa introducida por el interior del gollete, como vemos en la figura 3, que son un elemento que permite fechar con mucha precisión el registro como representativo del siglo VIII.

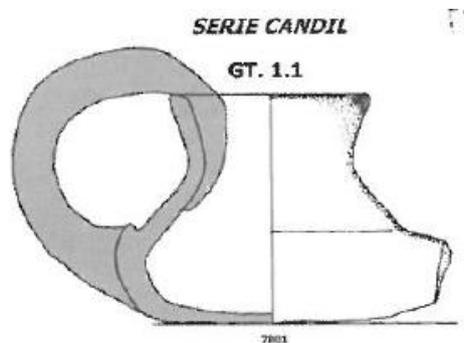


Imagen 3: Candil de piquera corta (rota y, por tanto, no bien apreciable) y con el asa introducida por el gollete obtenido del yacimiento de Marroquíes Bajos (Pérez Alvarado et al., 2003: 402)

En cuanto a los grupos visigodos, podemos determinar ciertas formas que se mantienen tras la conquista, algunas de ellas, aunque con modificaciones, perviven en el IX (Pérez Alvarado et al., 2003: 397-408). Los materiales considerados puramente islámicos son los correspondientes ya al siglo IX, solo ciertas ollas son similares a las encontradas en la Campiña de Jaén que si se han datado en el siglo VIII (Castillo, 1998; Pérez, 2003 en Pérez Alvarado et al., 2003: 397-408).

² En la Plaza de la Encarnación aparecen estos candiles de piquera corta, muy representativos de la etapa paleoandalusí (comunicación oral por parte del Dr. Fernando Amores), se han podido localizar en la base de datos, pero no los dibujos, por lo que no han podido ser incluidos en el estudio de materiales.

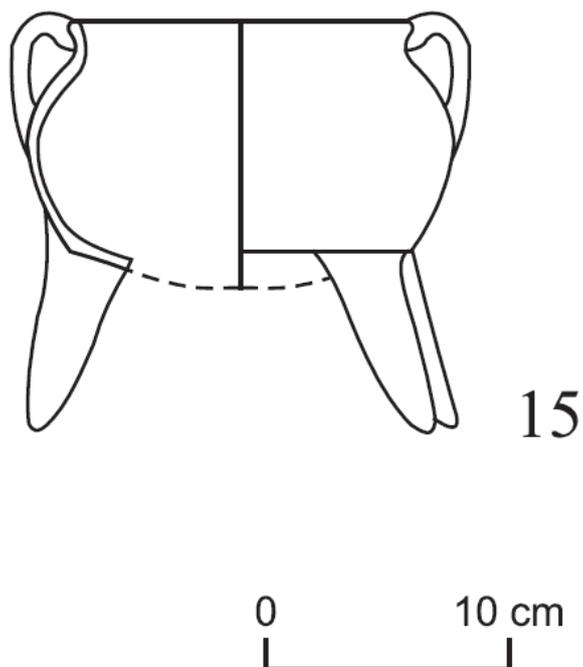


Imagen 4: olla trípode característica de la zona de Jaén (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 600)

Vega de Granada

En el artículo “Cerámica tardoantigua y emiral de la Vega de Granada. Cerro del Molino del Tercio (Salar)”, (Jiménez Puertas, 2008: 163-216), se estudian una serie de materiales procedentes del Molino del Tercio pertenecientes a las campañas de excavación realizadas en la segunda mitad de la década de los 70. El material se depositó en el museo, aunque no completo, y nunca se estudió. Se tomaron 68 piezas inéditas que posiblemente no muestren la realidad total del yacimiento.

Pudieron detectar diferentes tipos de cerámicas, siendo la mayoría piezas a torno de menor tamaño que las tinajas, con grandes variaciones en las pastas, diferencian entre pastas bien depuradas y decantadas que pertenecen a tipologías como la Terra Sigilata Africana D, que perdura hasta el siglo VII, a la Terra Sigilata Hispánica Tardía H, que aparecen hasta el VI, a alfares urbanos de época emiral, con materiales de pastas muy claras, y materiales del siglo IX con pastas rojizas o grises. Encontramos también pastas con desgrasantes de tamaño intermedio y formas realizadas a torno, aparecen en multitud de tonos, claras y rojizas con engobe blanco (fácilmente asimilable a las africanas) y rojizas y grises de producción local. Finalmente las piezas con las pastas menos depuradas parecen ser en su totalidad tinajas o elementos de transporte y almacenamiento. Entre las formas más características del siglo VIII encontramos las típicas ollas con perfil en “S” y

labio exvasado al exterior y cazuelas con mamelones (Jiménez Puertas, 2008: 173). Entre los siglos VII y VIII encontramos menos formas abiertas. Es posible que esto se deba a un cambio en la alimentación o a que se usen recipientes de madera (Gutiérrez Lloret, 1996:151 en Jiménez Puertas, 2008: 73-90).

Mérida

En Mérida debemos destacar la existencia de un hilo conductor desde el siglo VI al IX (figura 5), por lo que no podemos hablar de ruptura total entre el mundo islámico y el visigodo. Si se observan diferencias entre la cerámica común y la de lujo, en la común hay continuidad e incluso se mantiene hasta el siglo IX, sin embargo en el menaje de lujo si hay reducción hasta la total desaparición en el siglo VII, son sustituidos por cerámicas poco parecidas, principalmente jarros y candiles, de cerámica fina de importación y en números muy reducidos, son más comunes en la etapa califal (Alba y Feijoo, 2003: 492-493).

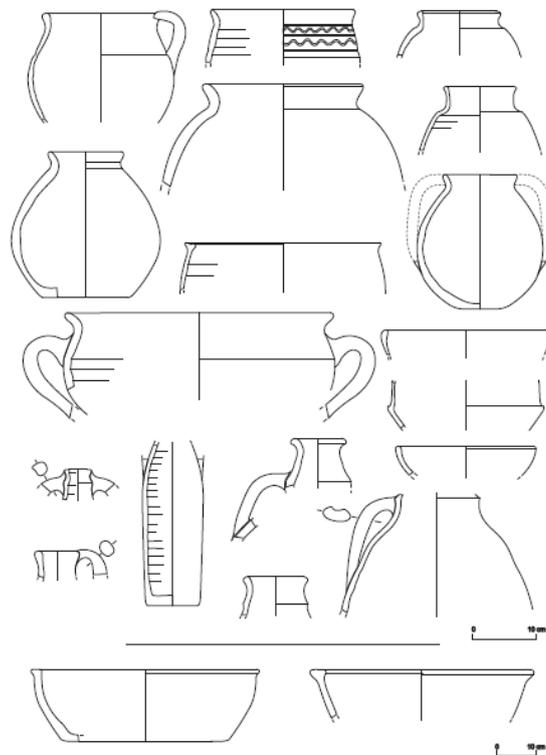


Imagen 5: repertorio cerámico de Mérida de herencia visigoda, primera mitad del siglo VIII (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 593)

Podemos determinar que la cerámica es muy diferente dependiendo de la zona de estudio, y sobre todo, que son necesarios muchos más estudios para poder determinar tipologías más acertadas y completas para la realidad peninsular, ya que en este caso no tenemos apenas datos de la zona suroccidental.

Las formas más comunes son las ollas y marmitas, y junto a ellas las cazuelas, que en momentos avanzados presentan vidriados en el interior. Podemos ver que hay tres tipos, a grandes rasgos, en el sudeste, marmita de base plana y paredes rectas y cazuela similar con mamelones, en el suroeste y centro peninsular, ollas de perfil en S y cazuelas carenadas, y formas muy características como trípodes, en la zona del Alto Guadalquivir. Junto con estas formas podemos encontrar discos y cazuelas de pan o gachas, también denominados *tabaq*. Estas piezas son muy características de cultura islámica ya que se usan para cocer el pan ácimo, relacionado con esto aparece el *tannur*, troncocónico o cilíndrico (Alba y Gutiérrez, 2003: 588).

También en las tinajas podemos encontrar dos familias, la jarra de dos asas desde el hombro a la mitad del cuello y decorada con filetes rojos en el cuello, aparentemente de influencia oriental, y las jarras con una sola asa y labio al hombro, también llamados cántaros; en estos últimos, es más común que lleven tratamiento superficial de influencia occidental. Los jarritos de perfil en S y boca trilobulada comienzan a usarse para el servicio de mesa, anteriormente en el mundo visigodo son piezas que suelen aparecer asociadas a ajuares funerario.

Como ya hemos señalado las formas abiertas como platos y cuencos son muy escasas. Solo aparecen formas abiertas en cantidades relevantes en el Tolmo de Minateda, donde observamos cuencos carenados, y a partir de época califal, el ataifor (Alba y Gutiérrez, 2003: 588-605), una forma muy característica del mundo islámico pero que también parece hundir sus raíces en el mundo hispanorromano. Sobre el ataifor, Rosselló Bordoy (1986: 281-283), realiza una investigación acerca de su evolución distinguiendo 5 tipologías, las cuales parecen ser una pervivencia de la patera tardorromana de la vajilla áulica cordobesa (Rosas Artola). Sin embargo en la forma I, se han visto similitudes con el *T'ang*, un bol de origen chino que se trasmite por occidente entre los siglos VIII y IX.

El trabajo arqueológico de los últimos años ha demostrado que en todos los yacimientos estudiados del siglo VIII no se observa homogeneización del registro cerámico, es decir,

que no se imponen los materiales cerámicos de los nuevos habitantes, sino que conviven normalmente con el registro anterior (Manzano Moreno, 2003: 552).

Necrópolis

Atendemos ahora al registro funerario, de especial importancia, puesto que tras momentos de conquista o aculturación, en la mayoría de los casos, es aquí donde apreciamos las mayores pervivencias

Pamplona

En este caso concreto el estudio de las necrópolis puede arrojar luz sobre la historia de la ciudad. Probablemente tuviera un gobierno inestable, tal y como muestran las fuentes que relatan diferentes sometimientos por parte de los emires desde Córdoba y los intentos de independencia de la ciudad. Hasta la fecha esta es la *maqbara* con datación más temprana de la península ibérica (Faro et al., 2011: 295-303).

Entre 2001 y 2004 se excava la *maqbara* de la Plaza del Castillo, que en su origen se localizaría extramuros de la ciudad. Se pudieron identificar 190 sepulturas siguiendo la costumbre islámica, fosas muy simples y austeras, con cubiertas de lajas o tejas, en algunas hay clavos que se han identificado como algún elemento lúgneo usado como cubierta mediante paralelismos encontrados en la necrópolis de Marroquíes Bajos. El ritual seguido es el islámico, individuos orientados hacia la Meca en posición decúbito lateral (Serrano, 2009:99 en Faro et al., 2011: 303).

Posiblemente lo más interesante de este yacimiento es el estudio antropológico realizado a los restos. Aparecen individuos de edades y sexos diferentes, algo que muestra que la población allí enterrada no representa a una muestra sesgada, sino que estaría plenamente asentada en el territorio. Uno de los individuos, varón y con signos de violencia, ha sido sometido a datación radiocarbónica, lo que situó su muerte entre los años 713-714 y 770. La presencia de señas de violencia y la fecha estimada indica que la necrópolis ya estaba en uso en el siglo VIII, y por otro lado, que la población estaba sometida a una presión bélica constante, ya que este individuo no es el único con muestras de violencia y diferentes fracturas (Faro et al., 2011: 303).

De Miguel (2007 en Faro et al., 2011: 303) determinó a través de las denticiones de los individuos que al menos un sector de la población podría venir del norte de África, pues se observan ciertas peculiaridades, modificaciones dentales intencionales, que también se

encuentran en este lugar para estas fechas. Pamplona es una de las ciudades con un fuerte gobierno visigodo previo a la conquista. En muchas de estas ciudades, debido a su importancia, conocemos con certeza que se asienta parte de la población recién llegada (Faro Caballa et al., 2007 en Faro et al., 2011: 30-303)

Marroquíes Bajos

Tras la excavación de la *maqbara* de Marroquíes Bajos, en Jaén, se ha podido determinar que esta necrópolis, con origen en la tardoantigüedad, persiste hasta al menos la mitad del siglo VIII. Las comunidades autóctonas no cambian el rito funerario en los primeros momentos. Todo esto nos indica que, en primer lugar, la ubicación de la necrópolis se mantiene tras la conquista islámica, y en segundo lugar, que puede ser un sitio donde poder observar los cambios culturales que se producen tras la conquista.

La necrópolis es muy extensa, solo la N2 y la N4, que suponen el 17 % del total, sigue el ritual islámico. Una de ellas se asocia al arroyo de la Magdalena y presenta rasgos de necrópolis de transición. Las sepulturas responden a la orientación cristiana y están excavadas en la roca. Desde la segunda mitad del siglo VIII comienzan a mezclarse con los enterramientos de rito islámico. Estos últimos empiezan a darse cada vez con más asiduidad hasta convertirse en el rito predominante a partir del siglo IX (Castillo et al., 2011: 277-288).

Maqbara de la Plaza de España (Écija)

Finalmente, debemos mencionar la necrópolis de la Plaza de España en Écija. En este lugar se ha documentado una necrópolis tardoantigua con monumentos funerarios que perdura tras la conquista islámica. De hecho, se configura como una *maqbara* en torno a la necrópolis de rito cristiano inicial, sin llegar a destruirla o alterarla en ningún momento. Se han estudiado los ajuares de muchas de las tumbas visigodas, recopilando las formas de los jarritos típicos asociados a estas (García-Dils de la Vega et al., 2011).

Los elementos cerámicos asociados a esta pueden situarla entre los siglos VIII al XI. La necrópolis está densamente estratificada, sobre todo en las fases más recientes debiendo al parecer a que hay una mayor demanda y menor espacio para el enterramiento. Las fosas son en su mayoría individuales, simples y sin cubiertas, aparecen también cajas de adobe, algunos muretes de ladrillo para delimitar las fosas y en algunos casos cubiertas de tejas. En algunas zonas aparecen osarios, resultado de la remoción de fosas más antiguas para

obtener espacio (Romo Salas et al., 2001: 995). El estudio osteológico fue realizado por Sonia Zakrzewski en 2011 (183-203), el desarrollo a continuación expone los datos que aporta.



Imagen 6: imagen de las sepulturas de la maqbara de Écija (Romo et al., 2001: 991)

En la *maqbara* se identificaron 4500 individuos inhumados en fosas simples siguiendo el rito islámico, con la mirada orientada hacia la Meca y posición de cúbito lateral derecho (figura 6). Su uso se constata en el siglo VIII, en un momento inmediatamente posterior a la conquista islámica (Zakrzewski, 2011: 192-193).

La necrópolis ofreció características peculiares, como un lugar de especial relevancia para poder identificar nuevas poblaciones tras la conquista, continuidad de las poblaciones autóctonas o mezclas. Por ello se realizó un estudio que intentaba averiguar el componente poblacional allí enterrado realizándose varios estudios, con diferente alcance y por tanto, diferentes respuestas.

Uno de los estudios más relevantes fue el de los isótopos de estroncio. El estroncio se acumula en el organismo durante la infancia, por lo que permite que veamos si un individuo ha vivido toda su vida en el mismo lugar o ha llegado allí por una migración o cualquier otra causa que implicara su desplazamiento. Los niveles de este isótopo eran muy similares, lo que indica que provenían del mismo lugar. Solo uno de los individuos, el 11333, presenta una desviación a dos valores de la media, que puede significar que viene de otra localización geográfica. Este análisis se centró en individuos de los primeros momentos de uso de la *maqbara*, en concreto 20. Los ratios de estroncio obtenidos de estos, se compararon con los de animales contemporáneos como perros y vacas. De este estudio se pudo concluir que la diferencia entre unos y otros era lo suficientemente diferente como para estimar que los 20 individuos estudiados, a excepción del 11333, eran alóctonos (Zakrzewski, 2011: 194-195).

En segundo lugar se realizó un estudio craneométrico. Para que sea eficaz se debe contar con una base de datos completa existiendo hasta el momento una que recoge las medidas de 2542 cráneos de diferentes lugares del mundo. De la necrópolis de Écija se estudiaron 72 cráneos de ambos sexos. Las medidas se tomaron de acuerdo a lo establecido por Holwells (1973-1989). Los resultados obtenidos en este caso no esclarecieron mucho lo que se buscaba, ya que se obtuvieron cráneos de lugares diferentes, dando lugar a un registro muy heterogéneo (Zakrzewski, 2011: 195-196).

Finalmente se llevaron a cabo análisis no métricos de la dentición y del aparato postcraneal. En cuanto a la dentición, se analizaron las dentaduras de 102 adultos, 61 masculinos y 41 femeninos. Se compararon morfológicamente raíces y corona. A partir de bases de datos ya existentes se pudieron establecer similitudes de estos individuos con otros de Europa Occidental, entre ellos italianos prehistóricos, y el Norte de África. El problema de esto radica en el hecho de que no existen bases de datos con estas características para el resto de la península, por lo que no se ha podido corroborar esta información (Zakrzewski, 2011: 199).

En cuanto a los análisis postcraneales identificaron una patología en las rodillas, una marca de torsión en muchos de los individuos. Esta patología no suele identificarse en poblaciones de Europa Occidental (solo en un 5 o 10 %), sin embargo si aparece en numerosas ocasiones (60 %) en el Norte de África (Glanville, 1967; Hardlica, 1932; Mays, 2008; en Zakrzewski, 2011: 201).

En resumen, podemos señalar que algunos de estos análisis sí han servido para poder esclarecer que los individuos inhumados en la primera fase de la *maqbara* son alóctonos, y que probablemente fueran el resultado de la migración de bereberes, y norteafricanos en general, a Écija tras la conquista islámica. El resto de análisis no son tan precisos, lo que puede deberse a la evolución histórica de Andalucía, caracterizada por el paso de culturas muy diferentes, tanto de toda la zona de Europa Occidental (romanos), Norte de África (púnicos), como zonas orientales en tiempos más antiguos (fenicios) (Zakrzewski, 2011: 201-203).

Elementos arquitectónicos

En muchos de los yacimientos de estos momentos de transición, los espacios construidos anteriormente, se reutilizan adaptándolos a nuevos usos. Son muy pocos los casos en los que podemos encontrar nuevas construcciones por ello es esencial estudiar el caso de las primeras mezquitas. La mayoría de yacimientos en los que se dan estos aspectos del cambio entre una y otra cultura son las ciudades pluriestratificadas, ya que en ellas se suceden, en muchos casos sin interrupciones, las diferentes sociedades, superponiéndose y mezclándose unas con otras. Sin embargo, debido a las complicaciones que esto supone, para este caso concreto, tomaremos dos lugares que se abandonan momentos después de la conquista islámica, y en los que sí podemos ver algunos cambios o reutilizaciones durante el siglo VIII.

En el Tolmo de Minateda, se ha podido observar cómo parte de la urbanización realizada en el siglo VI (por el auge de la ciudad durante la etapa visigoda) queda destruida en torno al siglo VIII para la erección de una nueva cerca, y como la basílica se reutiliza con una funcionalidad totalmente distinta, transformándose en espacios domésticos (figura 7). Sobre una zona cementerial, al sur del baptisterio, se realizó un barrio islámico totalmente planificado que se mantuvo en uso hasta el abandono del asentamiento (Gutiérrez et al., 2003: 120-161).

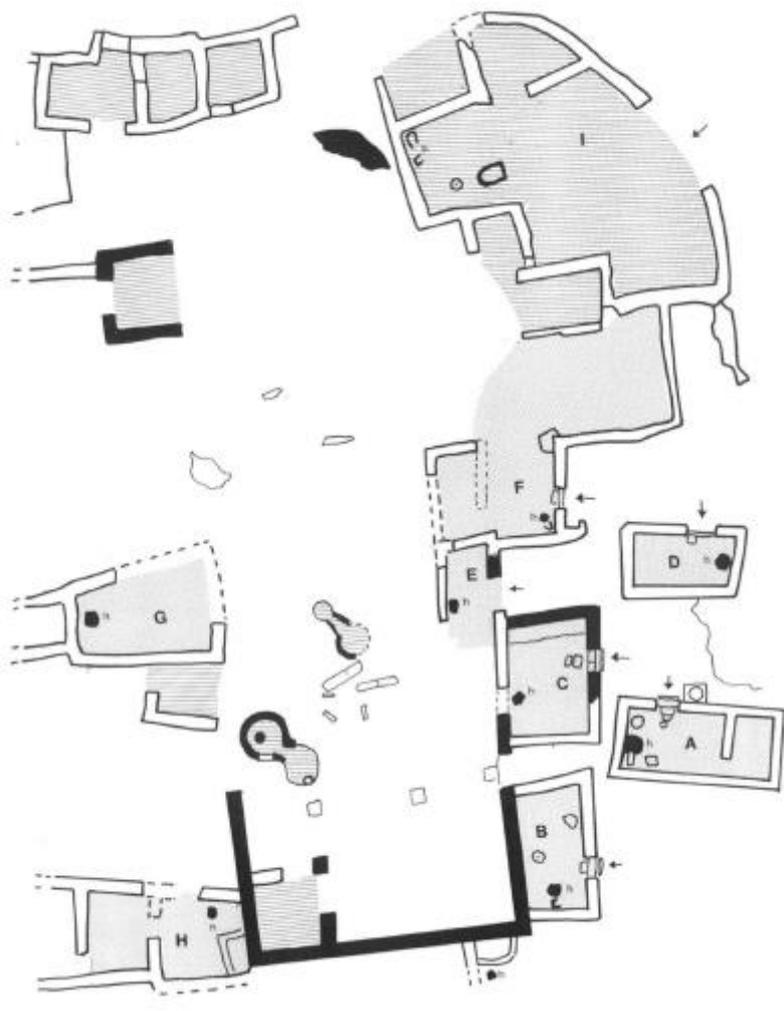


Imagen 7: plano del asentamiento islámico sobre la basílica visigoda del Tolmo de Minateda, *En negro, los muros emergentes del antiguo edificio visigodo* (Gutoérrez Lloret, 2002: 316)

En un entorno totalmente distinto se encuentra la Aldea de Lagunillas (Sanlúcar la Mayor), durante las excavaciones realizadas en el Cortijo de Casa Quemada, se pudieron constatar evidencias desde fines del siglo I y principios del II, y desde el III se observa con total claridad que el asentamiento responde a un *vicus* o aldea rural. Se suceden diferentes fases posteriores en relación a la explotación agropecuaria. Finalmente, la última fase identificada fue la datada en época paleoandalusí (entre los siglos VIII y IX), con una función muy diferente a la mencionada anteriormente. En este caso encontramos una estructura positiva correspondiente a un muro adosado a una estructura anterior, con forma de cabaña y sin divisiones internas, posiblemente usado como trastero, y en torno a todo esto se detectan diferentes fosas relacionadas con la búsqueda y extracción de material constructivo (figura 8). En época emiral parte del yacimiento es saqueado y queda abandonado. Los cambios pueden observarse tanto en el área habitacional, que se

desplaza hacia el norte de las lagunas, como en el sistema y técnica de cultivo, pues se introduce el regadío (García Vargas et al., 2013: 344-349).

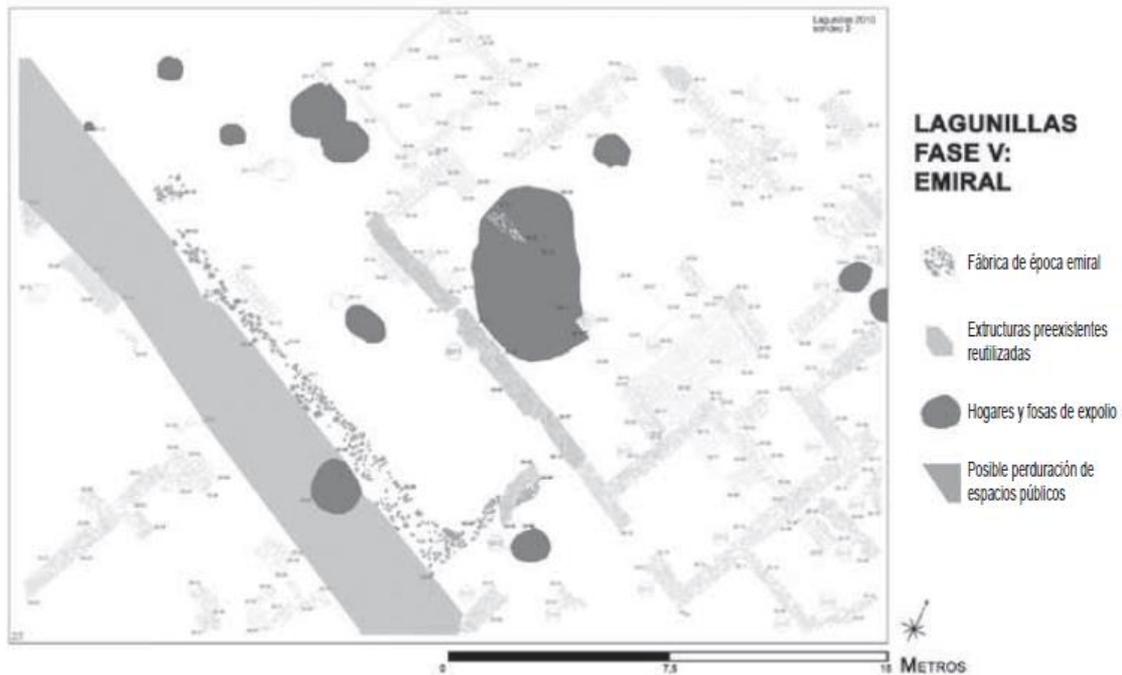


Imagen 8: contextos emirales de la Aldea de Lagunillas en los que podemos observar fosas de expolio principalmente (García Vargas et al., 2013: 348)

En este sentido de elementos arquitectónicos, deberíamos tener en cuenta a las mezquitas; de hecho las de los primeros momentos son esenciales para lograr la islamización del territorio. Susana Calvo Capilla (2007) realiza un interesante estudio en el que habla de las primeras mezquitas de al-Andalus según las fuentes escritas, sin embargo, no tenemos constancia de ninguna de estas, con la excepción del primer oratorio en Córdoba ya a finales del siglo VIII (Calvo Capilla, 2007: 169). Probablemente esto se deba a diversas razones como la superposición de múltiples edificios, reutilización de edificios anteriores, la eliminación para construir otros nuevos e incluso la inexistencia real de estos.

Finalmente, a la hora de detección de yacimientos en el territorio, Amores Carredano y García Vargas han realizado un estudio, todavía inédito, en el que se recogen los datos de prospecciones anteriores recogidas en el IAPH (este método se señaló en la metodología). Se centraron en el Valle del Guadiamar y con diversas prospecciones, pudieron revisar los datos de yacimientos que ya se habían documentado, así como añadir otros nuevos. Con este estudio se han podido identificar los cambios en el asentamiento rural entre la Tardoantigüedad y la Edad Media, tanto tipos de asentamiento, como número y

localización (figuras 9 y 10). Este método es una muestra de las nuevas posibilidades que ofrece el nuevo panorama investigador.

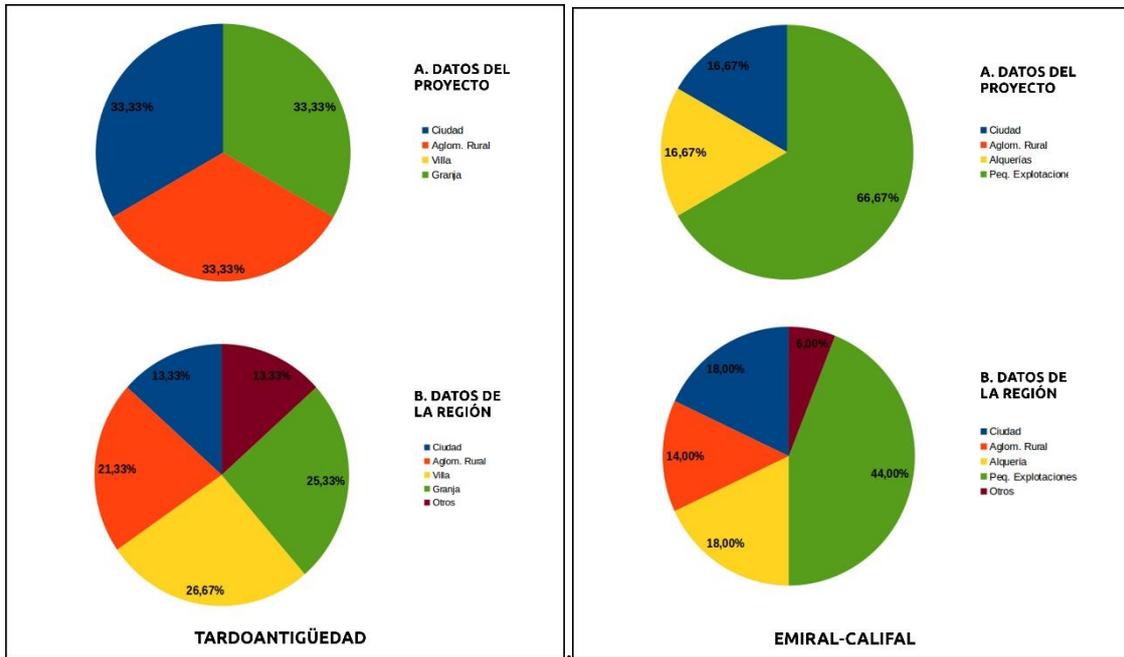


Imagen 9: gráficas comparativas del tipo de asentamiento en la Tardoantigüedad y en la Edad Media (Amores Carredano y García Vargas, inédito)

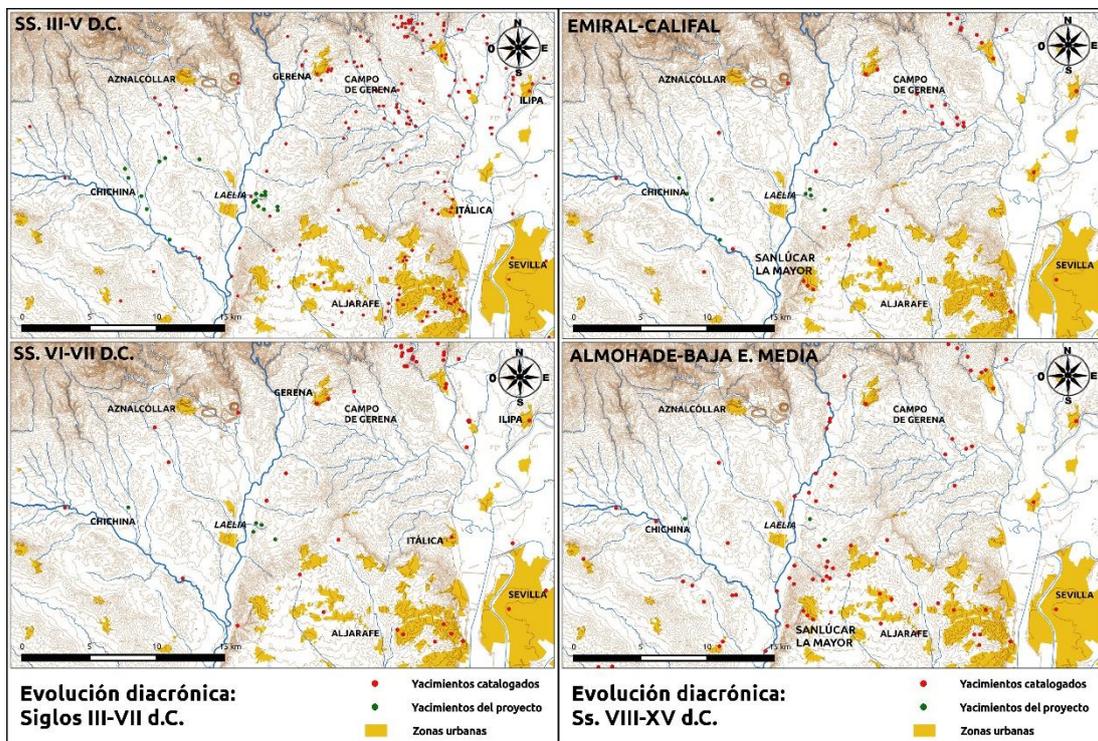


Imagen 10: comparación del número de yacimientos en los diferentes momentos de la Tardoantigüedad y la Edad Media. En Rojo se muestran los yacimientos ya catalogados, y en verde, los detectados por el proyecto (Amores Carredano y García Vargas, inédito).

Monedas y precintos

Las monedas son, como señalamos en el siguiente apartado, un elemento fundamental para materializar el cambio tras la conquista musulmana. Las primeras monedas, únicamente en latín, tienen un carácter mucho menos específico, son ejemplares áureos con la leyenda *Spania* y en el reverso se puede leer “no hay más dios que Dios”. Desde el 716 la leyenda es bilingüe, muestran la estabilización de un poder político asentado en el territorio tras una serie de años un tanto convulsos, además, los dinares bilingües andalusíes coinciden en el tiempo con los dinares bilingües norteafricanos. A pesar de esto último las acuñaciones andalusíes difieren mucho. En el anverso, en latín encontramos una leyenda en la que se puede leer “Sólido hecho en *Spania* en el año...”, mientras que en el reverso, en árabe, aparece la misión profética de Mahoma. En la leyenda del anverso, en este caso también en árabe, se incluía el año y el lugar de emisión, es aquí donde encontramos por primera vez el topónimo *al-Andalus* en una acuñación monetar, todos ellos del año 98 de la Hégira (716-717) (Ariza Armada, 2016: 137-146). No es el primer lugar donde aparece el topónimo, sino en un precinto de plomo de época de Abd el-Aziz resellado en época de al-Hurr, Ibrahim (2011) ve esta nueva denominación como un intento de Abd el-Aziz de independizarse.

Otra muestra de estos primeros momentos son los precintos de plomo, muy bien trabajados por Tawfiq Ibrahim (2011). Nos presentan una realidad en cuanto a la conquista muy diferente a la que muchas de las crónicas relatan, ya que gracias a estos podemos ver que en múltiples ciudades se dan pactos de paz en lugar de conquista violenta, como venían señalando únicamente las fuentes escritas. Algunas de estas ciudades son Sevilla (figura 11), Medina Sidonia, Ossonoba o Beja.



Imagen 11: precinto de plomo que muestra el pacto de paz con la ciudad de Sevilla (Ibrahim, 2011: 153)

Como vemos, tanto las monedas como los precintos, son una incorporación totalmente nueva del gobierno establecido tras la conquista islámica. Son un elemento de vital importancia para poder conocer el alcance de la implantación de este, pero sin embargo, no nos permiten ver qué ocurre con la realidad y con el resto de la población.

EL GARB AL-ANDALUS. EL EJEMPLO DE SEVILLA

LA LLEGADA DE LOS MUSULMANES

La contextualización histórica es fundamental para cualquier estudio arqueológico, más aun para periodos como este, en los que debido a la falta de información es necesario conocer con detalle los momentos precedentes para poder establecer si existen o no cambios.

En el siglo VIII se produce la llegada de los musulmanes a la Península Ibérica. La mayoría de referencias que tenemos sobre estos momentos son fuentes escritas en momentos posteriores, de manera que, aparte del registro material, no tenemos forma de reconstruir esta etapa de manera directa. Las fuentes más antiguas que conocemos son del siglo IX. Esta falta de información puede completarse con el registro material, algo que ya se ha realizado con las monedas (García Sanjuán, 2011: 177), a pesar de ello, y como vemos en este trabajo, existen otros elementos materiales de interés como los precintos de plomo o la cerámica en sí misma.

La realidad de la península ibérica era muy variada antes del 711, pudiendo identificar principalmente a visigodos e hispanorromanos, y también, sobre todo en el sureste, presencia bizantina desde 552 hasta el 629, momento en el que esta zona se integra totalmente en el Reino Visigodo. Esto generaba un sustrato poblacional muy variado para las distintas zonas, ya que en algunas la influencia visigoda fue mucho mayor, principalmente en centros urbanos; en otras se mantuvo durante mucho tiempo la herencia hispanorromana, como en las zonas rurales; y en otras incluso tuvo especial relevancia la cultura bizantina, a pesar de que para aquellos momentos ya habían abandonado la península (Gutiérrez Lloret, 1988: 20-32).

La cultura bizantina y por lo general la oriental, se pueden observar en diferentes lugares donde no tuvo lugar la ocupación bizantina, principalmente debido al comercio. Un ejemplo de ello son las ánforas orientales aparecidas en la Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007: 137).

Fueron muchas las rebeliones y levantamientos ante el poder visigodo, que siempre fue un tanto débil. De hecho en los primeros momentos fue necesario establecer un fuerte control militar a modo de corredor entre Barcelona y Sevilla, la cual no estuvo firmemente dominada hasta mediados del siglo VI. En algunas ciudades como Mérida y Sevilla el

poder lo ostentaba la oligarquía nobiliaria principalmente, algo que dificultaba el control por parte del estado visigodo (García Moreno, 2007: 436-437).

La conquista de al-Andalus se realiza en dos etapas, la primera en el 711 bajo el mando de Tariq Ibn Ziyad y la segunda en el 712, con Musa. Con el primero, según relatan las fuentes, llegaron entre 1700 y 12000 hombres, la mayoría de ellos procedentes del norte de África, bereberes (Fierro, 2011: 167-169). El autor Ibn Hazm menciona a los “*baladiyyun*” – hombres de la tierra, algo que puede asimilarse a los bereberes (Asín Palacio, 1934: 36-41 citado en Fierro, 2011:168). Sin embargo, sabemos de la existencia de *razzias* y demás desembarcos exploratorios en la península desde el 707, y un desembarco preparatorio en el 710. Roselló (2011: 147) señala que la conquista omeya de la península no fue algo casual, sino que tuvo el objetivo de delimitar las fronteras de Bizancio. Los enfrentamientos con el débil estado visigodo fueron escasos, destacando los acontecidos en tierras de Sidonia (Calvo Capilla, 2007:144).

En el 712 llega Musa con aproximadamente 10000 hombres, en este caso de origen árabe, entre ellos, hombres de la generación de los Compañeros y sucesores del profeta. Algunos de ellos dejaron rastro en la toponimia, pero la mayoría volvieron a Ifriqiya, donde tenían propiedades, incluso sabemos que algunos eran árabes *fihríes*, con posiciones de poder en el norte de África. De estos últimos mencionados, tenemos constancia a mediados de siglo, ya que el emir Yusuf al-Fihri se enfrenta con Abd al-Rahman I. A pesar de que se conservaran linajes que enlazan a los andalusíes de momentos posteriores con los primeros árabes en la península, no son una fuente fiable, ya que muchos de ellos son inventados (Chalmeta, 1994: 119-167 en Fierro, 2011: 168). Por otro lado, debemos tener en cuenta que las fuentes minimizan la presencia bereber y la importancia de Tariq en la conquista. Esto puede deberse a la aversión a los bereberes en el siglo XI por parte de los cronistas cordobeses, como Ibn Hayyan o Ibn Hazm, ya que no estaban a favor de su llegada a la península en época califal. Destaca *Abjar Maymu'a* que sí valora la participación de Tariq y sus tropas norteafricanas (Lafuente y Alcántara, 1984 citado en Calvo Capilla, 2007: 147).

El objetivo de Musa es tomar las riendas de la conquista y someter a Tariq. Como hemos señalado contaba con un ejército importante, formado por árabes de clanes relevantes y tribus orientales. Tras tomar el poder en Toledo sigue hacia el Norte acompañado por el ejército bereber (Calvo Capilla, 2007:145).

Es probable que los pactos de paz fueran el principal mecanismo para la organización del territorio, como relata una crónica del 754, estos debieron ser realizados por Musa o por el hijo de este, Abd el-Aziz. Algunos de estos han podido confirmarse gracias al registro material y por tanto demostrar que la toma de muchas ciudades se realizó de manera pacífica. Entre los precintos identificados se pueden leer los nombres de algunas ciudades como Isbilya, Ossonoba o Asido con la fecha en la que se llevaron a cabo, todos ellos coinciden en que se realizaron durante los primeros años. Muchos de estos pactos consistieron seguramente en la unión de los recién llegados con la aristocracia visigoda. Muestra de ello es la unión de Ibn el-Aziz con la viuda del rey Rodrigo. Teniendo en cuenta que según cuentan las fuentes, solo Musa vino a la península con su esposa, las uniones entre recién llegados y mujeres autóctonas debieron ser muy frecuentes (Ibrahim, 2011: 147-151).

Tras la muerte de Musa se suceden 40 años hasta la llegada de Abd al-Rahman I, en estos encontramos nada menos que 20 valés, lo que le da el nombre a este periodo conocido como el Walyato. Esta volatilidad del poder parece responder a la implantación del nuevo poder sobre un territorio poco consolidado, y que ya mostraba estas características en los últimos momentos del Reino visigodo, tal y como hemos señalado. Al-Andalus queda al margen del gobierno central islámico y durante este tiempo se produce la lenta islamización del territorio, además, y como era necesario, los gobernadores intentaron organizar el territorio creando una estructura administrativa coherente, incluyendo tributación y organización provincial. Los primeros cambios se materializan en la leyenda de las monedas, que hasta el 716 está exclusivamente en latín con contenido islámico (“no hay más dios que Dios”) y desde el 716-717 aparece de manera bilingüe (latín y árabe) y haciendo referencia a Mahoma (García Sanjuán, 2011: 177-180).

Ahmad al-Razi (1975 en Salvatierra Cuenca y Montilla Torres, 2011: 159-160) señala que durante la época de los primeros emires se mantiene la división provincial anterior, aunque esto fuera la teoría parece que no llegó a darse en realidad. Sin embargo, si podemos ver que no se dan cambios drásticos y que no hay grandes cambios culturales hasta al menos finales del siglo VIII, es algo que puede observarse en la mantención de los edificios de culto, que de hecho no llegan a destruirse, sino que se sustituyen (Salvatierra Cuenca y Montilla Torres, 2011: 171).

DE HISPALIS A ISBILYA

Debido a que nuestro trabajo se centrará en la ciudad de Sevilla, debemos contextualizar históricamente la ciudad. Hablaremos en primer lugar de la zona geográfica en general, es decir, del Bajo Guadalquivir, para después hablar de la ciudad. Esta contextualización se centrará principalmente en la Sevilla tardoantigua, puesto que es la realidad más cercana a cómo se encontraría la ciudad a principios del siglo VIII.

A nivel urbano, las ciudades del Bajo Guadalquivir mantienen el papel de centros administrativos, centros de representación y organización del territorio y residencia de las élites. Debemos matizar que esto no significa que no se produzcan cambios importantes, entre los que resalta la cristianización de las ciudades (García Moreno, 2007: 458-459). En cuanto a los cambios urbanos las ciudades se configuran de manera lineal. Las relaciones espaciales tendrán mayor significado ritual que anteriormente. De esta forma se darán relaciones axiliales entre elementos de poder, prestigio y memoria, llegando a generar en muchos casos, como el de Sevilla, procesiones. Todos estos cambios pueden explicarse teniendo en cuenta el afianzamiento de la identidad cristiana (García Vargas et al., 2013: 339).

Por otro lado, y también en relación a la cristianización de las ciudades, muchas de las grandes infraestructuras y edificios públicos de época romana pierden su valor. Ello parece asociarse al declive de la vida pública a favor de las áreas funerarias, las conexiones entre núcleos simbólicos y las zonas martiriales. Otro de los lugares afectados por el declive de la vida pública son los mercados, el comercio disminuye, aunque nunca llega a desaparecer totalmente (García Vargas et al., 2013: 372).

En líneas generales, en el territorio rural encontraremos desde el siglo V la preferencia por los asentamientos en pequeños núcleos fortificados y en altura. Por lo general para los *vicus* o aldeas, podemos señalar que suelen perdurar los asentamientos más grandes frente a otros de menor envergadura. Aparecen también grandes cortijos, correspondientes a las *villae*, que sobreviven a las invasiones y cuyo abandono debe buscarse ya en época árabe (García Moreno, 2007:460). Este es el caso de la aldea de Lagunillas ya mencionada anteriormente.

Muchos de los núcleos defensivos se relacionan en su mayoría con el control de vías de comunicación, otros se explican por la necesidad de defender fronteras. A esto último

responde el limes establecido con el Imperio Bizantino visible en fortificaciones como la de Morón de la Frontera (García Vargas et al., 2013: 330-343).

Se ha tendido a generalizar que durante estos momentos se produjo una caída demográfica, sin embargo, las cifras de población no son muy distantes a la de momentos anteriores. Existen datos que llevan a pensar que a mediados del siglo VII se produjera una recuperación tanto de la demografía como del área cultivada, aunque siempre existen diferencias regionales (García Moreno, 2007: 458).

En el caso de Sevilla, durante la última década se han ido identificando diferentes elementos de la ciudad tardoantigua, principalmente debido al auge de la arqueología urbana en la primera década del siglo XXI. Entre ellos destacamos el *pomerium* del sector norte con la Terraza 13 del Guadalquivir, el grupo episcopal del Patio de Banderas, el *castellum aquae* de la plaza de la Pescadería Vieja y especialmente la cripta arqueológica de la Plaza de la Encarnación.

Los cambios en el río son fundamentales para el desarrollo de la ciudad en época tardoantigua. Entre el siglo IV y el XIII se observa una reactivación de la dinámica fluvial del Guadalquivir, destacando dos fenómenos relacionados entre sí, el alejamiento hacia el Oeste del canal principal, el cual discurría ente la zona de la Encarnación y Catedral, y el incremento del volumen y por tanto, de inundaciones (Borja Barrera y Borja Barrera, 2007 en García Vargas 2012: 884). Estos cambios permitirán la ocupación de nuevas zonas, entre ellos el establecimiento de un área comercial y artesanal en la Encarnación o el establecimiento del *pomerium* sobre la Terraza 13 (García Vargas, 2012: 885-887).

En el *pomerium* se desarrolla entre los siglos IV y VIII y sobre él, la necrópolis septentrional de la Carretera de Carmona (Sánchez Ramos, 2009 en García Vargas, 2012: 887). Esta se desarrolla a 8 metros de la terraza. Aunque está en uso desde el siglo I, su mayor auge se da a partir de su uso como camposanto, es decir, desde la cristianización en el siglo IV, hasta el VII. Nuevamente, en la Baja Edad Media, recupera su función como camposanto en relación a las mártires Justa y Rufina.

En la necrópolis aparecen multitud de tumbas diferentes, fosas simples o reforzadas con ladrillos entre los siglos III y IV, con cubierta de ladrillos o tégula, a la denominada forma *capuccina*. En los siglos V y VI encontramos tumbas infantiles en ánfora o cubiertas por estructura de *signinum* de forma trapezoidal y ligeramente elevada, en forma de *tumulus*. Destacan construcciones de tipo mausoleo con tipologías complejas, de forma simple,

planta basilical, con forma de herradura... entre ellos destaca uno de especial entidad con cripta abovedada y cabecera con ábside. Esta zona martirial se relaciona con las santas Justa y Rufina, y en la Edad Media se sitúa junto al cementerio una iglesia martirial (García Vargas et al., 2013: 339).

Esta necrópolis es uno de los ejemplos típicos de los cementerios martiriales en la Tardoantigüedad, como materialización topográfica del culto a los mártires. En este caso aparece la gran necrópolis y se mantiene el topónimo hasta la actualidad, bajo el nombre de Campo de los Mártires y el Prado de Santa Justa. Tradicionalmente esta iglesia se ha situado en el entorno del antiguo Convento de la Santísima Trinidad, Amores (2005: 12) propone otra situación fijándose en un grabado de Hoëfnagel del siglo XVI que sitúa la ermita frente a la puerta de Córdoba, lugar donde hoy se encuentra el Convento de los Capuchinos.

Esta iglesia ha sido mencionada en diferentes obras como la de *Ajbar Mayum'a*, en la que se menciona como Kanisa Rubina, o en la Historia de los Wandalos 18 de San Isidoro. Este último habla de la existencia de otros recintos religiosos como San Vicente, saqueada por el rey vándalo Gunderico en el 426, la Iglesia de Santa Jerusalén y la de San Geroncio (Tarradellas Corominas, 2000, 287 en García Vargas, 2012: 894).

Es un lugar con mucha importancia ya que se relaciona con la primera mezquita de la ciudad de Sevilla, que además se configuraría como una de las primeras de al-Andalus con el emir Abd el Aziz. Esta mezquita se menciona en las crónicas que relatan la muerte de Abd el Aziz. Según las fuentes muere asesinado en una mezquita de Sevilla en el 716, tras dos años de gobierno. Tras la muerte del rey Rodrigo, se casa con su viuda y fue acusado de tratar favorablemente a los cristianos, posible motivo de su asesinato. Susana Calvo Capilla (2007: 160-161) nos muestra dos fuentes en las que se narra este suceso:

En primer lugar, Fath al-Andalus (traducida por González, J., 24):

Sus mejores soldados se concertaron con Ḥabīb b. ‘Uqba al-Fiḥrī para matarlo, y con este fin se reunieron el sábado, por la mañana, 1.º del mes de *Rayāb* del año 97. Salió [‘Abd al-‘Azīz] de la iglesia (*kanīsa*) Rabīna, donde vivía con su esposa Umm ‘Āṣim, para hacer la oración de la mañana, hacia la mezquita contigua a la iglesia (*al-mas̄yid al-muttaṣil bi-l-kanīsa*), llamada Mas̄yid Rubīna, y después de esto también conocida como Rābiṭat ‘Anbar. Al llegar al mihrab, recitó la Fātiḥa del Libro y después comenzó la Sūrat al-Ḥāqqa, cuando recibió un sablazo por la espalda que le descargó Ziyād b. ‘Alwat al-Balawī, el cual le mató diciendo «¡Hijo del impudor, lo has merecido!»⁴⁴.

Imagen 12: fragmento del Fat al-Andalus que menciona la existencia de la kanisa Rubina (Calvo Capilla, 2007: 160)

La segunda es la crónica de Ibn al-Qutiyya, *Ta’rij iftitah al Andalus*, Ribera, J. (trad. y ed.), Madrid, 1926, 8:

tuvo lugar en la Mas̄yid Rubīna, la cual domina el campo sevillano; pues él vivía en la kanīsa Rubīna, y, al casarse con una mujer goda, llamada Umm ‘Āṣim, la habitaron los dos; y se había construido (*ibtanā*) a su puerta la mezquita en que fue muerto, donde hasta hace poco se conservaba su sangre⁴⁵.

Imagen 13: Figura 14: fragmento de la crónica de Ibn al-Qutiyya que menciona la existencia de la kanisa Rubina (Calvo Capilla, 2007: 160)

Como vemos en ambas se menciona la existencia de una mezquita denominada Rubina, y el hecho de que habitara allí, algo importante debido a que supone la materialización de la unión del poder político y el religioso (*dar al-imāra* y *mas̄yid*). En la primera (figura 12) relaciona esta con una iglesia precedente junto a la cual se construye la nueva mezquita, en la segunda (figura 13) se señala que la mezquita se encontraba en el campo sevillano.

Tal y como se han interpretado las fuentes, esta mezquita pudo estar en el entorno de la zona martirial de Santa Justa y Rufina, como ya hemos mencionado anteriormente, aunque también aparece posteriormente nombrada como la Puerta de ‘Anbar, localizada en el Aljarafe, y en relación con un lugar llamado Robayna y su iglesia (Ayala Martínez, 1995 en Calvo Capilla, 2007: 161-162). Otros autores consideran que se encontraría más cercano al núcleo urbano, concretamente al norte, coincidiendo con el Cortijo de Miraflores (Jiménez, 1993: 756-757 en Calvo Capilla, 2007: 161-162).

En el Patio de Banderas, durante las excavaciones de Bendala en los años 70 se localizó un posible baptisterio, una habitación con una supuesta piscina bautismal en el centro, en

funcionamiento entre los siglos V al VIII. Sánchez Ramos (2009 en García Vargas, 2012: 893) lo identificó como un edificio bautismal asociado al edificio catedralicio, y por tanto con la conocida iglesia de Santa Jerusalén (la cual se menciona en las fuentes islámicas como la sede del grupo episcopal). Bendala y Negueruela (1980: 335-379 en García Vargas, 2012: 894) prefieren identificarlo como la de San Vicente, pues pensaban que la primera se correspondía con la colegial del Divino Salvador, antigua mezquita de Ibn Adabbas, que tradicionalmente se pensaba que se había erigido sobre la basílica del foro. Amores (2005:151) señala que posiblemente las dos advocaciones, San Vicente y Santa Jerusalén, correspondieran a un mismo edificio, y por tanto no sea necesario buscar dos edificios.

A pesar de que en el Patio de Banderas se ha identificado un edificio de culto religioso que pervive hasta un momento anterior al siglo XII, un sepulcro y diversos epígrafes relacionados con obispos, se ha identificado más como un área martirial que como el núcleo episcopal (García Vargas, 2012: 895). En los últimos años se ha propuesto una nueva localización para la iglesia del grupo episcopal en la calle mármoles. Esto se explica por diversos factores como la localización, es el centro de *tell* urbano, y las columnas, que posiblemente pertenecieran al pórtico de una basílica cristiana del siglo VI, coincidiendo con las características de las basílicas cristianas de Roma (González Acuña, 2011: 182-192 en García Vargas, 2012: 896).

Otro de los elementos llamativos de la ciudad tardoantigua es como ya hemos mencionado la cisterna de la Plaza de la Pescadería. Esta se construyó en el siglo II d.C. y se amortiza durante la Tardoantigüedad, los materiales cerámicos datan el cegamiento a mediados del siglo VI (Vázquez Paz y García Vargas, 2011; Maestre Borge et al., 2010 en García Vargas, 2012: 906). La amortización de esta infraestructura nos pone ante la evidencia del abandono de espacios de servicio público (García Vargas, 2012: 906).

El final de este apartado lo reservamos para el yacimiento de la Plaza de la Encarnación, el cual es fundamental para nuestro trabajo, teniendo en cuenta que en el siguiente apartado trabajaremos con materiales de este yacimiento.

Los hallazgos en este yacimiento son cruciales para el conocimiento de la Hispalis clásica y tardoantigua. Su excepcionalidad se debe, principalmente, a que es un lugar que ha permitido amplitud en superficie, multitud de contextos y un registro de gran calidad, todo ello ha facilitado la interpretación arqueológica. Por otro lado, las pantallas de

cimentación del yacimiento (construidas en origen para el aparcamiento) permitieron alcanzar potencias estratigráficas que en condiciones normales estarían por debajo del nivel freático. Esto significa que en otro lugar de la ciudad resultaría prácticamente imposible alcanzar niveles similares a los de la Encarnación. Los contextos tardoantiguos se encuentran a partir de 4.5 metros de profundidad, que en este sector supondría que estuvieran anegados si no se contara con las ya mencionadas pantallas (Amores, 2005: 7).

En el yacimiento se puede observar una intensa actividad doméstica entre los siglos IV y V, predominando las casas grandes con elementos de lujo como pavimentos de mosaico. A mediados del siglo V se abandonan algunas *domus* al mismo tiempo que surgen algunas actividades industriales, en activo hasta mediados del siglo VI. Se localizó una estructura interpretada como muralla, atendiendo a su morfología, materiales y orientación, solo se ha podido ver que a ella se adosan viviendas entre los siglos IV y V, de manera que esta debe ser anterior. A mediados del siglo V se origina una factoría de vidrio en el entorno de una de las casas de mayor tamaño, que había quedado abandonada y posteriormente expoliada. Por lo general podemos observar que se producen importantes cambios en la estructura urbana: casas que se abandonan, otras que toman parte de la calle, industrias que surgen cerca de viviendas y desuso de las estructuras de evacuación de aguas.

No se documenta urbanización hasta el siglo XI, lo que puede deberse a que la ciudad redujera sus límites durante el gobierno visigodo. Este dato reforzaría la idea de la reestructuración de las murallas por parte de Leovigildo (583-584), al igual que realiza en Itálica. Se observan numerosos contextos de expolio sobre las fases tardoantiguas y algunos de ellos pueden fecharse en el periodo paleoandalusí (Amores, 2005: 7-9).

Como vemos, en los últimos años se ha podido conocer más a fondo la Sevilla tardoantigua, sin embargo, la etapa paleoandalusí sigue siendo una etapa confusa y sobre la cual no tenemos apenas información. Son muy pocos los datos que conocemos sobre la llegada de los musulmanes a la ciudad de Hispalis y su posterior transformación en Isbilya. Entre estos datos podríamos destacar el precinto de plomo que señala el pacto de paz con la ciudad (Ibrahim, 2011) y las referencias filológicas de la residencia de Abd el Aziz. Los contextos de expolio de la Plaza de la Encarnación, entre los que aparecen materiales del siglo VIII, suponen otra de las muestras de esta etapa paleoandalusí.

LA CERÁMICA DE LA PLAZA DE LA ENCARNACIÓN

A continuación presentamos los materiales obtenidos de las excavaciones en La Plaza de la Encarnación fechados en el siglo VIII, y algunos de ellos, como indecisos entre el VII y el VIII, algo que como ya hemos visto, es bastante recurrente debido a la naturaleza de los materiales.

Para comenzar, debemos hablar del contexto de aparición de la cerámica. Estos se han obtenido de diferentes fases de intervención, las fases V, VI y VI. Las cronologías de todas ellas abarcan un marco temporal similar, pero que no coinciden en el comienzo ni en la finalización. Estas diferentes fases se fueron identificando mediante diferentes sondeos y lugares excavados, uniendo todos ellos se pudo establecer una síntesis histórica del yacimiento.

En la fase V, fechada entre los siglo VIII y IX, se identificaron fosas de saqueo para la obtención de materiales constructivos romanos, son fosas muy desiguales en tamaño y profundidad, algunas de ellas alcancen varios metros. A pesar de la aparición de material cerámico asociado a estas, no se ha podido identificar ninguna estructura (Amores et al., 2006: 209).

En la fase VI, la cual equivale al espacio temporal cronológico comprendido ente la segunda mitad del siglo VI y X, aparecen también fosas de saqueo para materiales constructivos, se observa también variabilidad en la entidad de estas. En este caso si se identificaron algunas estructuras aisladas, aunque no son predominantes (Amores Carredano et al., 2010: 3150).

Finalmente en la fase VII, entre los siglos VIII y IX, se pudo documentar la construcción de dos pozos junto con lugares destinados al expolio de material constructivo. De los pozos uno de ellos era un pozo ciego y el otro era de planta cuadrada y sillares, destinado posiblemente al abastecimiento de agua. Lo más relevante de estas fase son las fosas, en las cuales se han encontrado numerosos desperdicios, restos cerámicos y deshechos constructivos (Amores Carredano et al., 2010: 3143).

Hasta esta excavación se había asumido que la ciudad había mantenido sus límites máximos de la ciudad imperial romana, en estos se incluía la Encarnación. Sin embargo, tras esto se ha podido ver que posiblemente esta zona fuera en aquellos momentos un entorno periurbano. Los límites de la ciudad paleoandalusí serían menores, y por tanto

desconocidos, a lo estipulado hasta el momento (Amores Carredano et al., 2010: 3150; Amores Carredano et al., 2010: 209).

Los materiales que vamos a mostrar a continuación provienen de las fosas que hemos mencionado anteriormente. No se diferenciará entre las diferentes fases o unidades estratigráficas encontradas en la base de datos, puesto que solo tendremos en cuenta los materiales fechados como del siglo VIII o indecisos entre el VII y el VIII. No es raro que en materiales de esta época encontremos dudas sobre su cronología, puesto que el repertorio normal está formado tanto por materiales visigodos o de herencia hispanorromanos, similares o iguales a los del siglo VII, y los nuevos materiales introducidos por los musulmanes.

El proceso de trabajo con estos materiales fue el siguiente: para comenzar obtuvimos la base de datos general de los materiales³, y en esta realizamos una búsqueda utilizando palabras clave como criterio, usamos tanto la palabra “emiral”, como la cronología “VIII”. Una vez localizamos todos aquellos materiales que se habían fechado como siglo VIII o emiral, comprobamos si se habían dibujado, ya que todos ellos contaban con una categoría en la que se especificaba este hecho.

Cuando tuvimos localizadas todas las piezas que se habían dibujado, procedimos a la búsqueda de los dibujos teniendo en cuenta la unidad estratigráfica que especificaba la base de datos, ya que estaban ordenadas siguiendo este criterio, y el número de signatura o número de la pieza, para no incluir en el estudio piezas que fueran de otra cronología. Los dibujos se escanearon y se digitalizaron con un software informático de diseño, AutoCad. El criterio para la digitalización fue seguir en todo momento las pautas que establecían los dibujos sobre diámetro, tamaño, etc.

Contamos con un total de 56 piezas, las cuales se han dividido por funcionalidad para facilitar su clasificación. La división funcional se ha realizado atendiendo a la que ya existe en la base de datos. Al no existir ningún estudio de materiales para esta cronología en nuestra zona, las piezas van a compararse con las tipologías establecidas en otras zonas peninsulares como Mérida, el Tolmo de Minateda, Córdoba o Jaén, y con los materiales tardoantiguos de la misma Plaza de la Encarnación, bien estudiados y definidos.

³ Esta base de datos ha sido facilitada por el profesor Fernando Amores, al igual que los dibujos a mano de las piezas que interesaban para el trabajo.

Esta comparación será problemática en cierto modo, debido a que, por un lado, los materiales de La Plaza de la Encarnación tardoantiguos solo están catalogados hasta el siglo VI, principalmente la primera mitad de este. Por otro, para los materiales del siglo VIII existe una regionalización muy grande, que dificulta que podamos encontrar grandes similitudes entre zonas tan alejadas ya que no existen estudios en la zona del Bajo Guadalquivir.

Encontraremos muchas similitudes con el repertorio tardoantiguo. Lo verdaderamente interesante será poder ver qué materiales difieren y más interesante aun, cuáles encontramos en el resto de la península para estos momentos, ya que esos materiales podrían ser los introducidos por los musulmanes. Todas las figuras mencionadas en este apartado se encuentran en el anexo de este trabajo.

Comenzaremos con las ollas y las cazuelas, que son probablemente el elemento por excelencia para estos momentos, en estos tipos si podemos observar diferencias notables, como ya señalamos en el Estado de la Cuestión. Recordamos que eran tres los tipos existentes, base plana y paredes rectas, perfil en S o formas extraordinarias, como las ollas trípode de la zona del Alto Guadalquivir (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 596) (Figura 1 del anexo).

Contamos con once ollas, seis con un claro y marcado perfil en S, una con un perfil en S menos señalado y cuatro de ellas globulares. El diámetro de la boca oscila entre los 11 centímetros, la más pequeña, y los 26 la de mayor tamaño, podemos ver que lo más normal, ya que es lo que más aparece es que el diámetro sea de 20 centímetros aproximadamente.

Podemos ver cómo tres de ellas cuentan con mamelones a modo de asidero. Este sistema es muy común en las ollas o marmitas paleoandalusíes, aunque también es un sistema recurrente en los modelos tardoantiguos. Esto mismo es lo que ocurre con los motivos de decoración digitados (Figura 2 del anexo).

Hay formas parecidas a las publicadas en el estudio de los materiales tardoantiguos de La Plaza de la Encarnación (Amores Carredano et al., 2007b: 161-162), aunque no ninguna se asimila totalmente a nuestros materiales. Las formas 2, 3, 5 y 6, parecen tener una clara adscripción con los materiales precedentes (Figuras 3 y 4 del anexo).

Para ver su similitud con las ollas y marmitas paleoandalusíes de toda la península, las compararemos con las formas recogidas por Alba Calzado y Gutiérrez Lloret (2003: 600) (Figuras 5, 6 y 7 del anexo).

En cuanto a las marmitas, debido a que no conservamos el fondo de ninguna de estas piezas, no podemos decir con claridad si es alguno de los tipos establecidos. Si podemos encontrar similitudes entre las formas 1 y 12, provenientes del suroeste peninsular, con nuestra forma 1, por la tendencia globular y la presencia de mamelones. Para las ollas existe una forma claramente parecida, nuestra olla 11 y el tipo de olla 10, que se encuentra en lugares como Málaga y la Meseta, y que se ajusta tanto a la forma como a las medidas. También podemos ver parecidos para el resto de ollas con perfil en S, comparándolas con las formas 11 (Málaga y Córdoba) y 13 (Córdoba) (Figura 7 del anexo).

Muy en relación con las ollas encontramos las cazuelas, normalmente a ollas de perfil en S las acompañan cazuelas carenadas, como ya señalamos (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 599). Contamos con tres cazuelas. La cazuela 3 es muy similar a la cazuela 7 procedente de Bayyana (Almería) (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 601), la 1 y la 2 parecen tener más paralelos con el mundo tardoantiguo, especialmente la cazuela 1 con la cazuela 4, también de La Plaza de la Encarnación, pero fechada a mitad del siglo VI (Amores et al., 2007b: 157) (Figuras 8 y 12 del anexo).

En el caso de los lebrillos, de los nueve con que contamos, destacamos el modelo 7 es prácticamente igual a la pieza 5 de los contextos tardoantiguos de la Encarnación (Amores et al., 2007b: 158). Ese modelo decorativo se repite en muchos morteros, aunque debemos señalar que suele aparecer en contextos con cronologías bastante anteriores, normalmente a mediados del siglo V.

Algunas formas como la 4, 6 y la 8, tienen cierto parecido con los lebrillos de la Encarnación del siglo VI (Amores et al., 2007b: 159), por lo que pueden ser piezas resultadas de la evolución de formas cerámicas más antiguas. El resto de ellos presentan gran variabilidad, aunque los bordes más redondeados parecen corresponderse a las formas que menos similitudes tienen con las precedentes.

El lebrillo es un objeto muy versátil y con múltiples usos, por lo que en algunas publicaciones se catalogan como barreños (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 604) y en otras podemos encontrar tinajas que pueden verse también como lebrillos, de hecho, en Casal et alii (2005: 225) se documenta como tinaja la número 160, con un borde y

forma muy similar, aunque más grueso, a nuestro lebrillo 9 (Figuras 18, 19 y 20 del anexo).

Para hablar de platos y cuencos, debemos señalar primero que en contextos paleoandalusíes no abundan los cuencos, en este caso contamos con dos cuencos, dos platos y un plato o bandeja para pan. Esta bandeja para pan presenta grandes similitudes con otras del siglo VIII, como la bandeja 4 originaria de Morón (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 601). En cuanto al resto, solo el plato 1 presenta similitudes con el plato 3, de la Encarnación y fechado para el siglo VI (Amores et al., 2007b: 163). Para el resto, no podemos establecer ningún símil. Incluso es probable que alguno de estos elementos interpretado como plato, pueda ser una tapadera, ya que el paralelo más cercano que hemos encontrado son las tapaderas catalogadas en Córdoba (Casal et al., 2005: 227), las cuales coinciden en tamaño y en forma (Figuras 9, 11 y 12 del anexo).

La única tapadera de nuestro repertorio, que podemos considerar como tal sin ninguna duda, presenta gran parecido con una tapadera procedente del Tolmo de Minateda, numerada como Tapadera 1 (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 601) (Figuras 10 y 12 del anexo).

Las orzas con las que contamos, seis en total, pueden catalogarse en tres tipos generales, borde con aristas y con carena y asa pegada al borde, borde redondeado y boca abierta, y borde redondeado, recto y que genera una boca más cerrada. Nuestra forma 2, correspondiente al segundo tipo de los que hemos mencionado, es muy similar a la orza número 4, siglo V, de la Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007b: 162), las formas 3 y 5 se asemejan más a las orzas emirales de Córdoba (Casal et al., 2005: 226), la forma 4, presenta características muy parecidas a la orza 23 también de Córdoba, aunque su tamaño es mayor. Para las orzas 1 y 6, no hemos encontrado ningún paralelo claro, sin embargo el borde de ambas tiene características que se observan en otras piezas tardorromanas (Figuras 20, 21, 22 y 23 del anexo).

El mayor número de piezas, y también de variabilidad lo encontramos en los jarros, jarras y jarritos, siendo dieciocho teniéndolos todos en cuenta. Este es probablemente el elemento más difícil de comparar con precedentes y contemporáneos. Además, tenemos muy poco desarrollo de ellos.

Las piezas 3 y 5, tienen rasgos en común con el jarro 5 de la Plaza de la Encarnación, y aparece desde mediados del siglo V a mediados del VI (Amores et al., 2007b: 157). El

resto de formas parece responder a otras características con perfiles más curvos en el caso de los jarritos, carenas y cuellos altos en las jarras, motivos encontrados en la cerámica paleoandalusí y en adelante. Podemos establecer algunas correspondencias, como nuestro jarro 11 con el 97 de Córdoba (Casal et al., 2005: 220), el 9 con el 89, 1 y 99, y finalmente, el 7 y el 92 (aunque la nuestra no presenta asa) (Figuras 13, 14, 15 y 16 del anexo).

La figura 15 de La Encarnación, muy incompleta, presenta grandes similitudes con la parte baja del jarrito 5 de Mérida, tanto en la forma como en el motivo decorativo geométrico (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 602). La redoma más completa que encontramos presenta una forma muy original, comparable con ninguna pieza de otro lugar. Por su parte, las dos botellas que aparecen, son similares a las de Cartagena y el Tolmo de Minateda (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003: 603), pero sin llegar a poder considerarse el mismo tipo (Figuras 13, 16 y 17 del anexo).

En cuanto a los morteros, contamos con una única pieza la cual es claramente de tradición tardorromana, puesto que aparece uno con las mismas características, aunque de menor tamaño, también en la Encarnación para contextos del siglo IV y V (Amores et al., 2007b: 160) (Figuras 24 y 25 del anexo).

Como vemos, existen algunas piezas que no se han podido identificar ni con los materiales precedentes del mismo yacimiento, ni con otros materiales contemporáneos de otros lugares de la península. Esto puede deberse a varios motivos, los cuales no son excluyentes unos de otros.

El motivo principal es la falta de tipologías existentes con las que poder comparar estos materiales, en el caso de Sevilla y la zona de Andalucía Occidental se complica más aun, ya que no existen otros estudios de estos materiales para la época paleoandalusí, por lo que ni siquiera tenemos evidencias cercanas con las que compararlos.

Además, aunque contamos con buenos estudios del menaje y los materiales tardoantiguos y visigodos, estos últimos en menor medida, los trabajos no suelen ir más allá del siglo VI, por lo que volvemos a tener más de un siglo de hiato, donde no conocemos qué materiales existen. Únicamente podemos establecer paralelos con materiales más antiguos, en ocasiones demasiado.

Finalmente, en estos momentos estamos ante un proceso de regionalización general. Las formas mejor definidas y más características se pueden encontrar en zonas geográficas de manera amplia, pero esta no es la realidad para todos los materiales.

CONCLUSIONES

El siglo VIII se encuentra inserto dentro de una dinámica de “Épocas Oscuras” muy frecuentes en la etapa medieval. Algunas de estas épocas se han ido conociendo poco a poco, pero aun, existen algunas que necesitan más estudios que esclarezcan qué ocurre en estos momentos.

La zona oriental de la península ibérica es una excepción en este tema. Existen diversos autores como Rosselló Bordoy, Gutiérrez Lloret o Ación Almansa que han dedicado gran parte de su labor investigadora a descubrir el registro material de la etapa paleoandalusí. Al haber comenzado a indagar en esta etapa desde momentos más temprano que el resto de la península, encontramos una producción más completa y una tradición investigadora más afianzada.

En otros lugares de la península da la impresión de que el siglo VIII pasa desapercibido ante otras etapas que generan mucha información o que son muy llamativas. En el caso de Sevilla, la herencia almohade o la ciudad moderna, son tan importantes que eclipsan momentos anteriores de menor calado o de las que conservamos menos datos.

Además, en este mismo sentido, existen etapas históricas que le dan a la ciudad una importancia excepcional, por ejemplo cualquier vestigio de las ciudades imperiales romanas o momentos en los que las ciudades capitalizan un territorio. Para que esto se dé, normalmente debemos encontrar territorios bien dominados y con un poder establecido que permita el crecimiento de la ciudad, algo que no ocurre en los primeros momentos del siglo VIII.

Por otro lado, la tendencia para estudiar la llegada de los musulmanes a la Península Ibérica es fundamentalmente filológica. Los datos obtenidos por la arqueología podrían suponer nuevas visiones o cambios en las ideas tradicionales, como es el hecho de los numerosos pactos de paz que se han documentado.

Las fuentes podrían ayudarnos a documentar cuántas personas llegan aunque este número varía en función de los diferentes cronistas. Esto podríamos comprobarlo comparando esta información con la obtenida a partir de los estudios antropológicos de las *maqbaras*. Las necrópolis están aportando datos de mucho interés en los últimos años, esperamos que continúe esta tendencia para poder observar el calado de los nuevos pobladores, la existencia de uniones o incluso su origen geográfico.

En este sentido, las necrópolis también serían fundamentales para poder documentar las diferencias entre los cristianos que mantienen sus tradiciones frente a los musulmanes, y a su vez aquellas pervivencias en el mundo mozárabe, ya que normalmente en el mundo funerario es donde encontramos rasgos culturales que perviven durante más tiempo.

En cuanto a los materiales, sí podemos afirmar que, al menos en la primera mitad del siglo VIII, los materiales se encuentran a medio camino entre los repertorios visigodos y tardorromanos y los materiales de momentos posteriores. Existe en la mayoría de estos materiales una clara tradición y perduración, aunque se dan cambios, sobre todo relacionados con la funcionalidad de los objetos y con las costumbres de consumo.

A pesar de que existe cierta tendencia a la regionalización, podemos identificar tipos muy similares en las diferentes zonas geográficas. Aunque con variaciones las formas documentadas en Sevilla son muy parecidas a las que encontramos en zonas cercanas como Mérida, Córdoba o Málaga principalmente, y se encuentran formas más diversas comparándola con las tipologías cerámicas de la zona oriental.

Encontramos rasgos que perdurarán en el mundo islámico como las formas grandes y abiertas, relacionadas con las costumbres culinarias, o las formas y perfiles curvos y redondeados, que se darán desde el siglo VIII en adelante.

El hecho de que la cerámica cuente con una tradición hispanovisigoda tan fuerte se explica principalmente por el hecho de que los primeros musulmanes en llegar a la península no son maestros alfareros, sino soldados. Las primeras poblaciones se van a adaptar a las formas cerámicas del territorio, pero adaptando estas a la vez, a sus costumbres y usos.

Existen determinados objetos que pueden señalarnos de manera muy precisa la cultura de los nuevos pobladores, como son el *tannur* o la cuscusera, dos objetos de clara tradición oriental y claves en la alimentación de estas personas. Encontrar un objeto de estas características en un yacimiento y en contextos del siglo VIII es por tanto revelador y de gran importancia. Por desgracia, entre los materiales de la Plaza de la Encarnación, no hemos podido encontrar ninguno con estas características.

Algo muy interesante sería comparar los repertorios materiales del sur peninsular con los del norte de África, ya que deberían compartir muchos rasgos debido a las culturas precedentes que se suceden en los dos lugares. Esta comparación es difícil teniendo en

cuenta la escasez de estudios para el Norte de África, y para los existentes, la dificultad para acceder a ellos.

Finalmente, concluimos añadiendo que el siglo VIII es un momento crucial en la península ibérica por la llegada de los musulmanes. Aún queda mucho para poder conocer mejor cuáles son los procesos sociales y culturales que acontecen tras la conquista de al-Andalus en el 711 y la arqueología tiene las claves para poder completar lo que conocemos a través de las fuentes escritas.

Atendiendo al contexto en el que nos encontramos en la actualidad, con una gran cantidad de materiales provenientes de excavaciones urbanas depositados en los museos y tipologías que empiezan a esbozarse, podemos decir que es el momento clave para estudiar a fondo este periodo y poder responder qué ocurre en el siglo VIII.

BIBLIOGRAFÍA

ALBA CALZADO, M.; FEIJOO, S. (2003): "Pautas evolutivas de la cerámica común de Mérida en épocas visigoda y emiral" en Caballero Zoreda, L.; Mateos Cruz, P; Retuerce Velasco, M. (coord.) *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica: ruptura y continuidad: (II Simposio de Arqueología, Mérida 2001)*, Madrid, pp. 483-504.

ALBA CALZADO, M.; GUTIÉRREZ LLORET, S. (2003): "Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión." En Bernal Casasola, D. y Ribera i Lacomba, A. (coord.) *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Universidad de Cádiz, pp. 585-616.

AMORES CARREDANO, F. (2005): "La cristianización de la ciudad de Sevilla en la Tardoantigüedad", en Jiménez, A. (ed.) *La catedral en la Ciudad (I). Sevilla, de Astarté a San Isidoro, Aula Hernán Ruiz*, Catedral de Sevilla, Sevilla, pp. 140-160.

AMORES CARREDANO, F. Y GARCÍA VARGAS, E. (inédito): *Los paisajes del Guadiamar. Investigación histórica y valorización arqueológica*. Fundación Focus-Abengoa.

AMORES CARREDANO, F.; GARCÍA VARGAS, E.; GONZÁLEZ ACUÑA, D.; LÓPEZ TORRES, P. (2007): "Cerámicas de Cocina y Comunes Tardoantiguas en Hispalis (Sevilla, España). Primera Tipología y Sus Contextos (la Encarnación, SS. V-VI)". En *Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*. Aix-en-Provence, Marseille y Arles, pp. 177- 189.

AMORES CARREDANO, F.; GARCÍA VARGAS, E.; GONZÁLEZ ACUÑA, D. (2007b): "Ánforas tardoantiguas en Hispalis (Sevilla, España) y el comercio mediterráneo." En *Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*. Aix-en-Provence, Marseille y Arles, pp. 133-164.

AMORES CARREDANO, F.; VERA REINA, M.; JIMÉNEZ SANCHO, A.; GONZÁLEZ ACUÑA, D. (2006): "V Fase de Intervención Arqueológica en el Mercado de la Encarnación (Sevilla). Fase de Enlace y Contextos Islámicos". En: *Anuario*

Arqueológico de Andalucía. 2003. Ed. 2006. Santander (ESPAÑA). Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía pp. 207-215.

AMORES CARREDANO, F.; GONZÁLEZ ACUÑA, D. (2010): “Fase de Intervención Arqueológica en el Mercado de la Encarnación (Sevilla). Interacción con el Proyecto Arquitectónico, Contextos Excavados y Medidas de Conservación Preventiva.” *En: Anuario Arqueológico de Andalucía 2005*. Junta de Andalucía Consejería de Cultura, pp. 3128-3152.

ARIZA ARMADA, A. (2016): “Los dinares bilingües de Al-Andalus y el Magreb”, *Hécate n° 3*, pp. 167-158.

CALVO CAPILLA, S. (2007): “Las primeras mezquitas de al-Andalus a través de las fuentes árabes (92/711-170/785)”. *Al-qantara XXVIII*, pp. 143-180

CARVAJAL LÓPEZ, J.C.; PUERTAS, M. J. (2011): "Studies of the early medieval pottery of al-Andalus". *Early Medieval Europe*, Oxford, pp. 1-25.

CASAL, M. T.; CASTRO, E.; LÓPEZ, R.; SALINAS, E. (2005): “Aproximación al estudio de la cerámica emiral del arrabal de *Saqunda (Qurtuba, Córdoba)*”. *Arqueología y Territorio Medieval vol. 12*, pp. 189-235.

CASTILLO ARMENTEROS, J. C.; NAVARRO PÉREZ, M.; SERRANO PEÑA, J.L. (2011): “Las Maqbaras de Marroquíes Bajos (Jaén) en torno al 711” en García Moreno, L. A.; Vigil-Escalera, A. (coord.) *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*. Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, pp. 273-292.

FARO, J.A.; GARCÍA-BARBERANA, M.; UNZU, M. (2011): “Las necrópolis pamplonesas del 700” en García Moreno, L. A.; Vigil-Escalera, A. (coord.) *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*. Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, pp. 293-312.

FIERRO, I. (2011): “Los que vinieron a al-Andalus” en García Moreno, L. A.; Vigil-Escalera, A. (coord.) *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*. Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, pp. 163-174. ROSELLÓ BORDOY, G. (2011): “Los primeros contactos con el islam (siglo VIII)” en García Moreno, L. A.; Vigil-Escalera, A. (coord.) *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*. Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, pp. 145-156.

GARCÍA-DILS DE LA VEGA, S. (2011): “La conversión de una *Porticus* monumental de *Colonia Augusta Firma* en recinto funerario cristiano”. *Habis* 72, pp. 263-291.

GARCÍA SANJUÁN, A. (2011): “Al-Andalus durante los primeros emires, 716-756” en García Moreno, L. A.; Vigil-Escalera, A. (coord.) *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*. Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, pp. 175-189.

GARCÍA VARGAS, E. (2012): “La Sevilla tardoantigua: diez años después (2000-2010)” en Beltrán Fortes, F. y Rodríguez Gutiérrez, O. (coord.) *Hispaniae urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, pp. 881-925.

GARCÍA VARGAS, E.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J.; GARRIDO GONZÁLEZ, P.; VÁZQUEZ PAZ, J.; ESCUDERP CARRILLO, J.; HUNT ORTIZ, M. (2013): “El Bajo Guadalquivir en la Antigüedad Tardía (siglos III-VII d.C.). Ensayo de una tipología de asentamientos”. En Álvarez Jiménez, D.; Sanz Serrano, R.; Hernández de la Fuente, D. (eds.) *El espejismo del bárbaro. Ciudadanos y extranjeros al final de la Antigüedad*. Biblioteca Potestas (Universitat Jaume I), Castellón de la Plana, pp. 329-389.

GARCÍA MORENO, L. A. (2007): “Transformaciones de la Bética durante la Tardoantigüedad”. *Mainake*, nº 29, pp. 433-471.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (1986): “Cerámicas comunes altomedievales. Contribución al estudio del tránsito de la antigüedad al mundo paleoislámico en las comarcas meridionales del país valenciano”. *Lucentum* V, Alicante, pp. 146-166.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (1988): *Cerámica común paleoandalusí del sur de Alicante: (siglos VII-X)*, Alicante, pp. 1-32.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (2002): “De espacio religioso a espacio profano: transformación del área urbana del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) en barrio islámico”. II Congreso de Historia, Volumen I Arqueología y Prehistoria, Instituto de Estudios Albacetenses, pp. 307-316.

GUTIÉRREZ LLORET, S.; GAMO PARRAS, B.; AMORÓS RUIZ, V. (2003): “Los contextos cerámicos altomedievales del Tolmo de Minateda y la cerámica altomedieval en el Sudeste de la Península Ibérica” en Caballero Zoreda, L.; Mateos Cruz, P.; Retuerce Velasco, M. (coord.) *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península*

Ibérica: ruptura y continuidad: (II Simposio de Arqueología, Merida 2001), Madrid, pp. 119-168.

IBRAHIM, T. (2011): “Nuevos documentos sobre la conquista Omeya de Spania: los precintos de plomo” en García Moreno, L. A.; Vigil-Escalera, A. (coord.) *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*. Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, pp. 145-162.

JIMÉNEZ PUERTAS (2008): “Cerámica tardoantigua y emiral de la Vega de Granada. Cerro del Molino del Tercio (Salar)” en Malpica Cuello, A.; Carvajal López, J.C. (coord.) *Estudios de cerámica tardorromana y medieval*, Granada, pp. 163-216.

MANZANO MORENO, E. (2003): “La cerámica de los siglos oscuros” en Caballero Zoreda, L.; Mateos Cruz, P.; Retuerce Velasco, M. (coord.) *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica: ruptura y continuidad: (II Simposio de Arqueología, Merida 2001)*, Madrid, pp. 541-557.

PÉREZ ALVARADO, S.; CASTILLO ARMENTEROS, J.C.; MONTILLA TORRES, I.; SALVATIERRA CUENCA, V. (2003): “Las primeras cerámicas de Marroquíes Bajos (Jaén), entre la tardoantigüedad y el Islam” en Caballero Zoreda, L.; Mateos Cruz, P.; Retuerce Velasco, M. (coord.) *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica: ruptura y continuidad: (II Simposio de Arqueología, Merida 2001)*, Madrid, pp. 389-410.

ROMO SALAS, A. S.; VARGAS JIMÉNEZ, J.M.; DOMÍNGUEZ BERENJENO, E.L.; ORTEGA GORDILLO, M. (2001): “De las termas a la *mackbara*. Intervención arqueológica en la Plaza de España de Écija (Sevilla)”. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1998*, Vol. 3, Tomo 2, pp. 979-996.

ROSELLÓ BORDOY, G. (1986): “Algunas puntualizaciones sobre el ataífor andalusí”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, Madrid, pp. 281-289.

SALVATIERRA CUENCA, V.; MONTILLA TORRES, I. (2011): “El 711 en el Alto Guadalquivir” en García Moreno, L. A.; Vigil-Escalera, A. (coord.) *711 Arqueología e Historia entre dos mundos*. Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, pp. 157-174.

ZAKRZEWSKI, S. (2011): "Population Migration, Variation, and Identity. An Islamic Population in Iberia". En Agarwal, S.C. y Glencross, B. A. (eds.) *Social Bioarchaeology*. Blackwell Publishing, pp. 183-211.

OLLAS

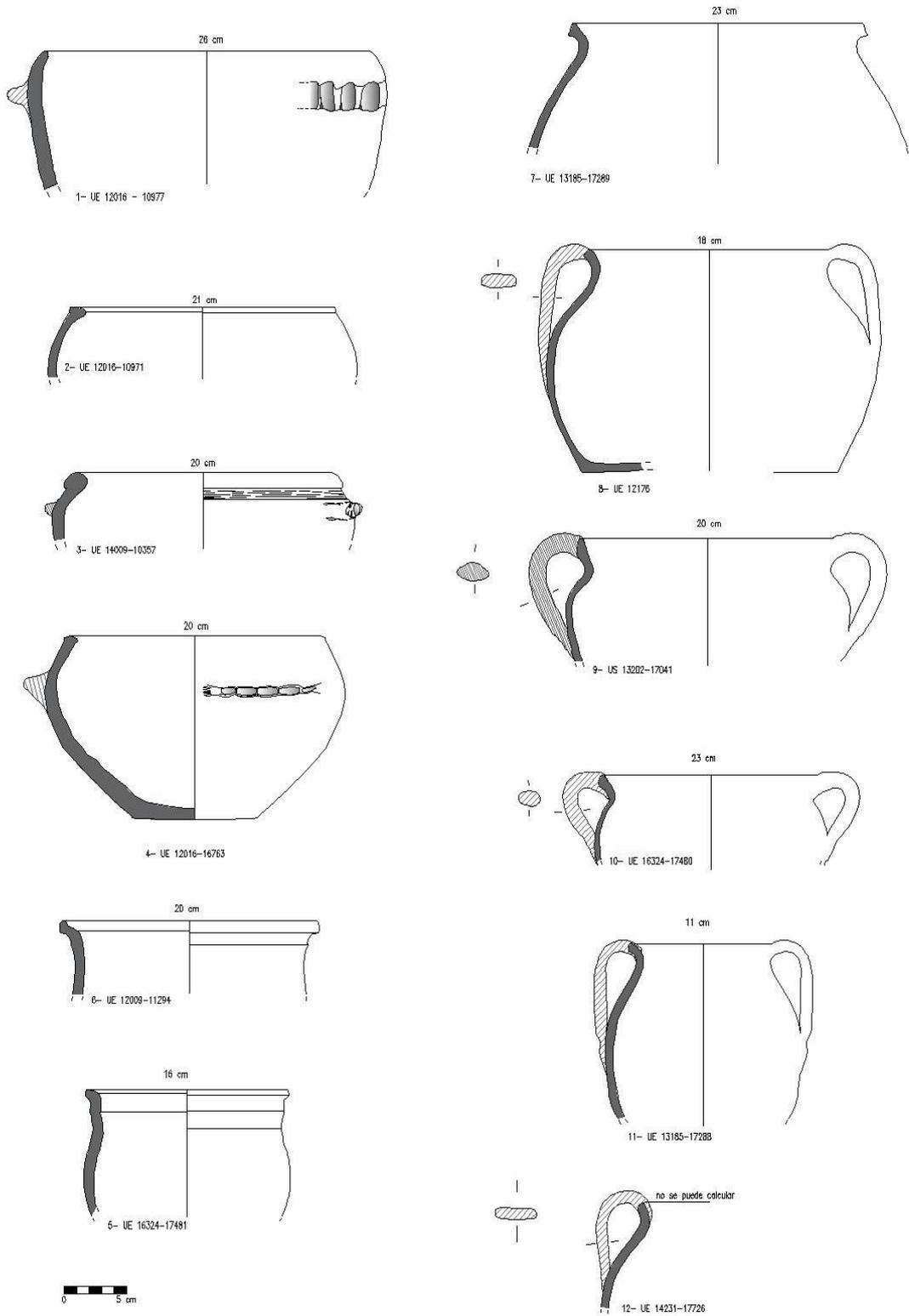


Figura 16: Ollas de La Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

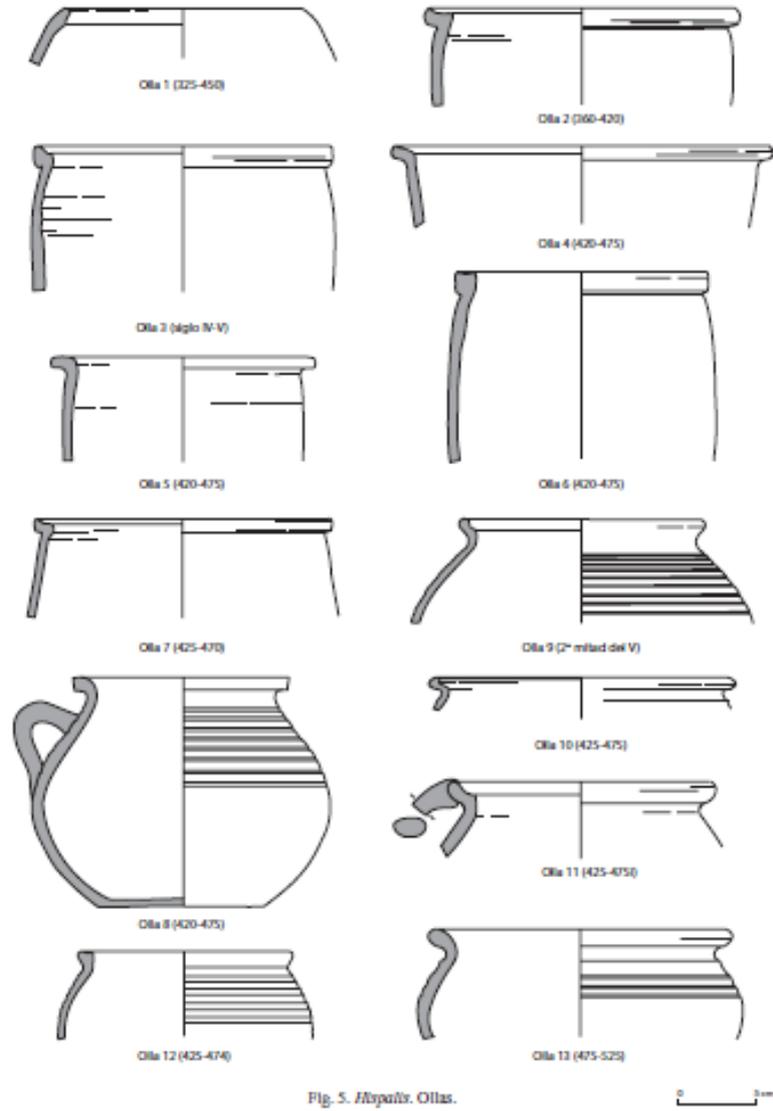


Figura 17: Ollas tardoantiguas de La Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007)

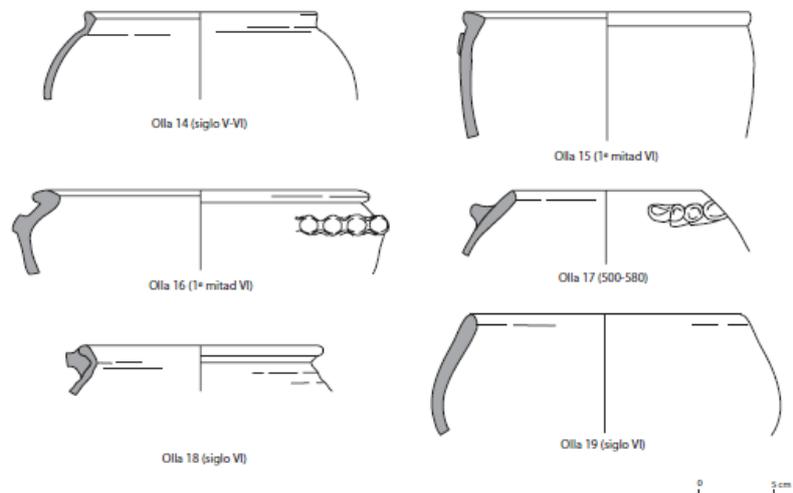


Figura 18: Ollas tardoantiguas de La Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007)

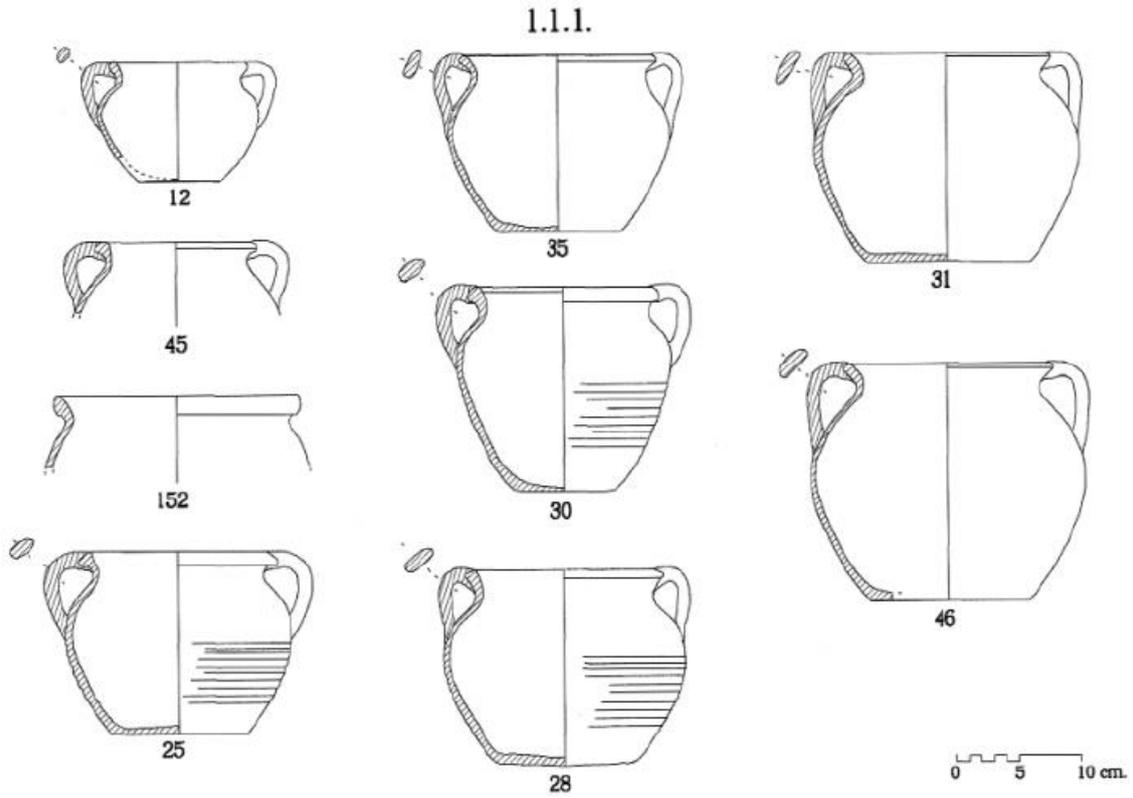


Figura 19: Ollas de Córdoba (Casal et al., 2005)

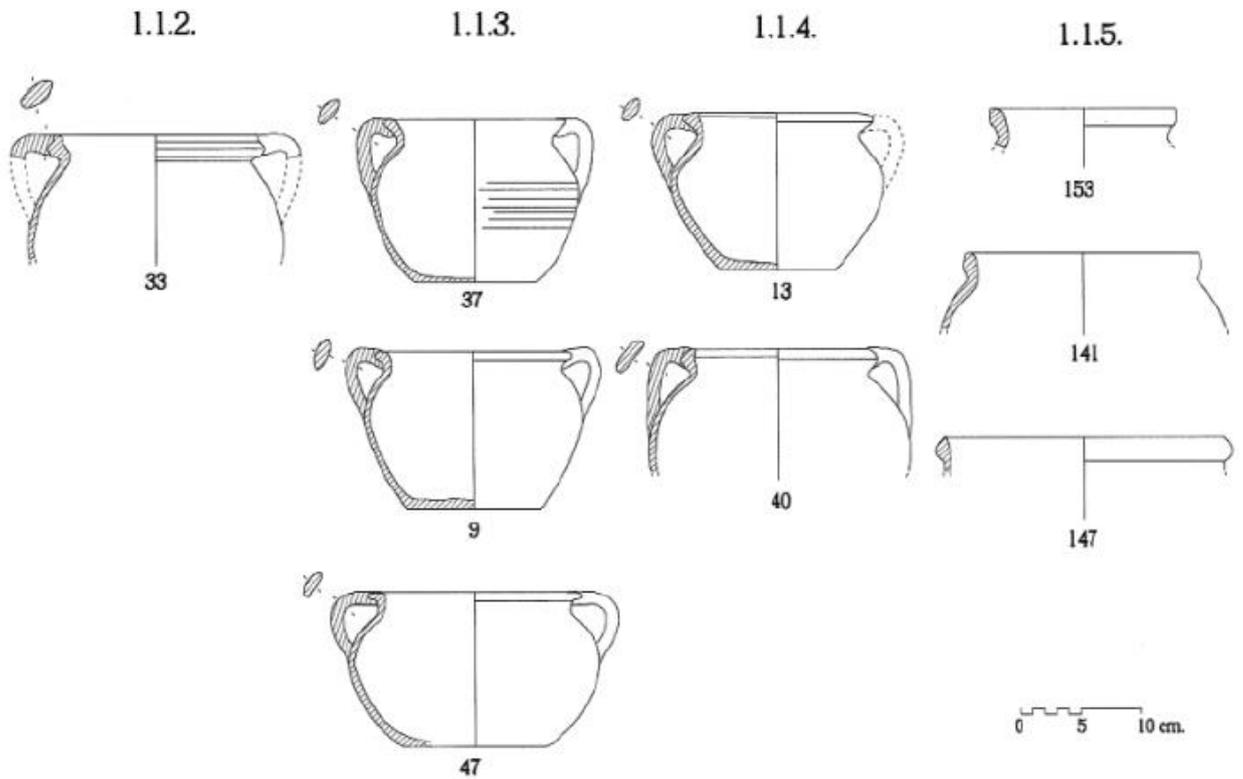
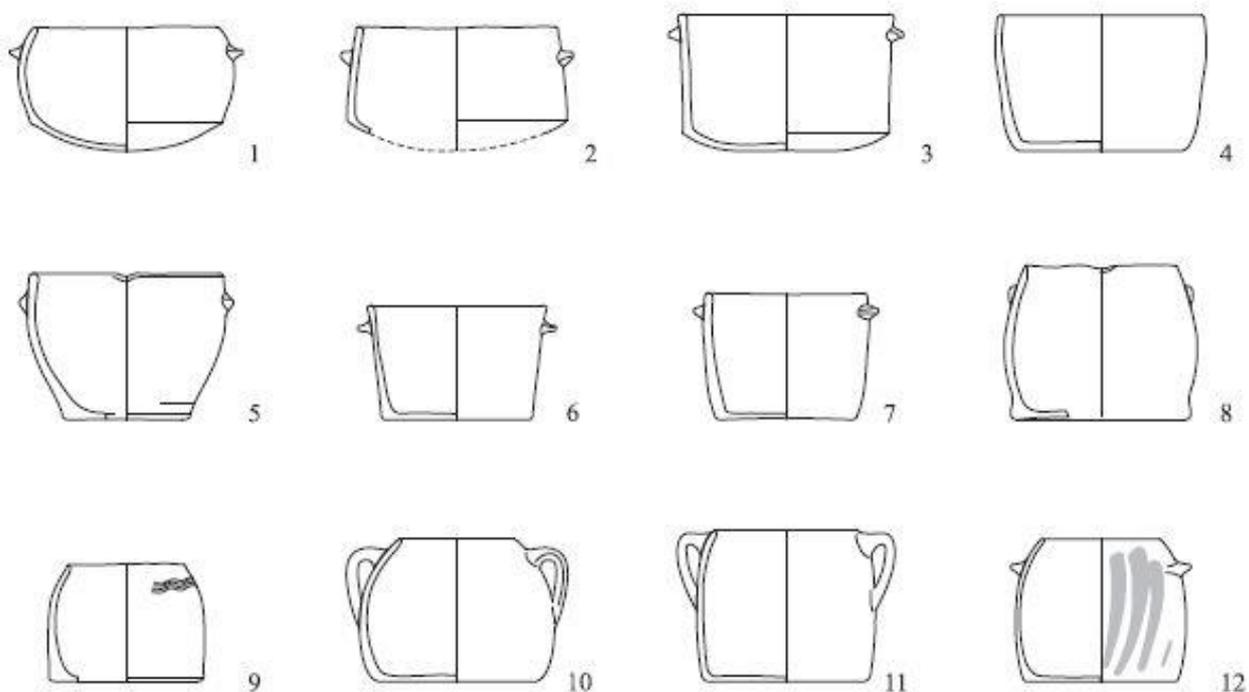


Figura 20: Ollas de Córdoba (Casal et al., 2005)

Serie Marmita



Serie Olla

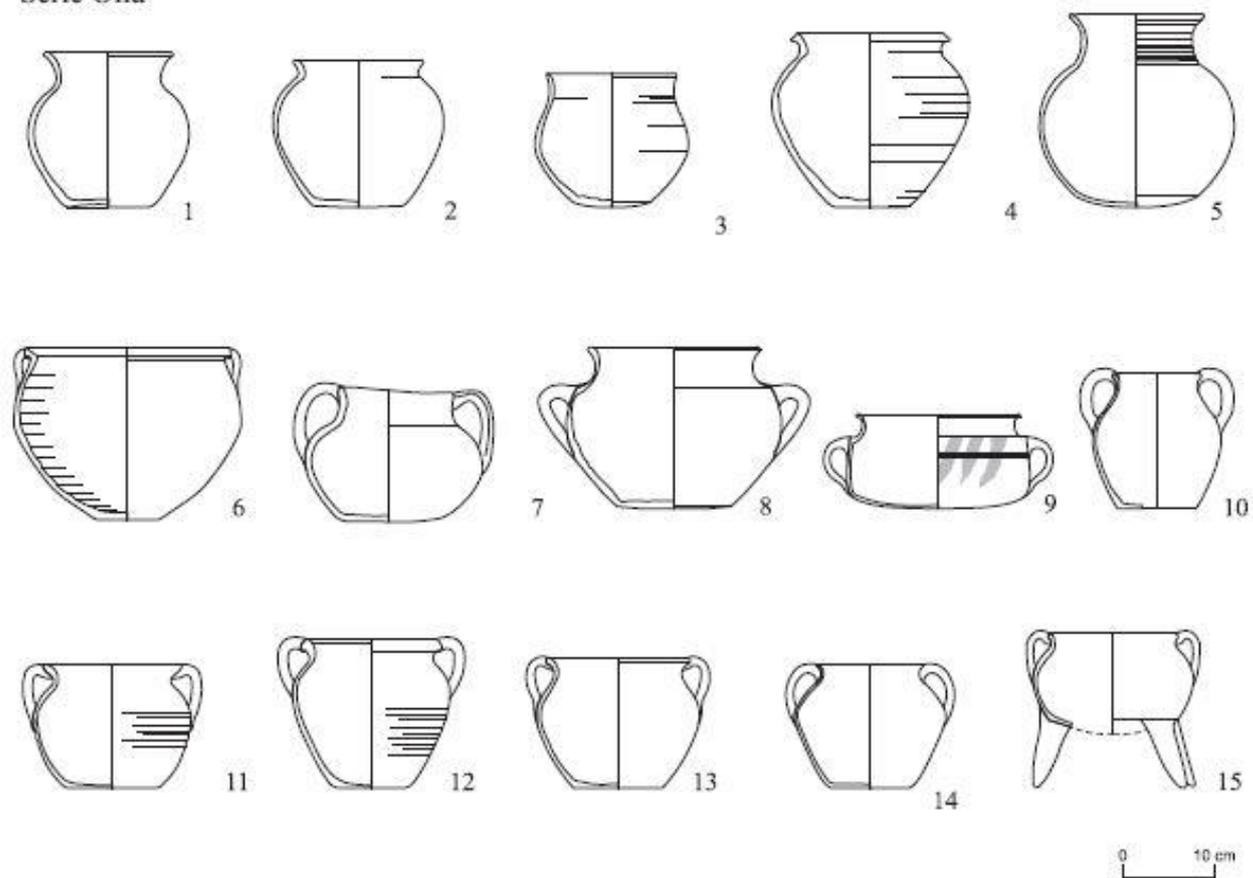


Figura 21: Ollas y marmitas de la Península Ibérica (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003)

Cazuelas

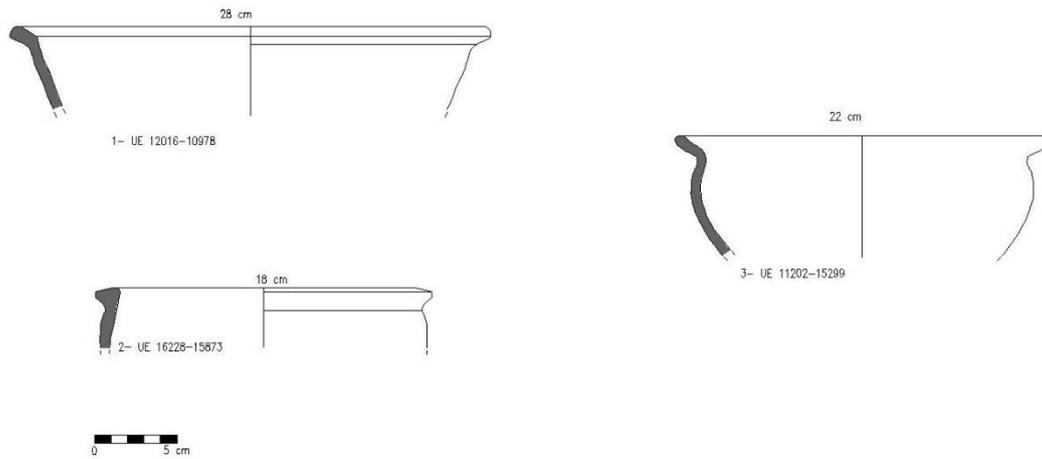


Figura 22: Cazuelas paleoandalusíes de La Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

Platos y tapaderas

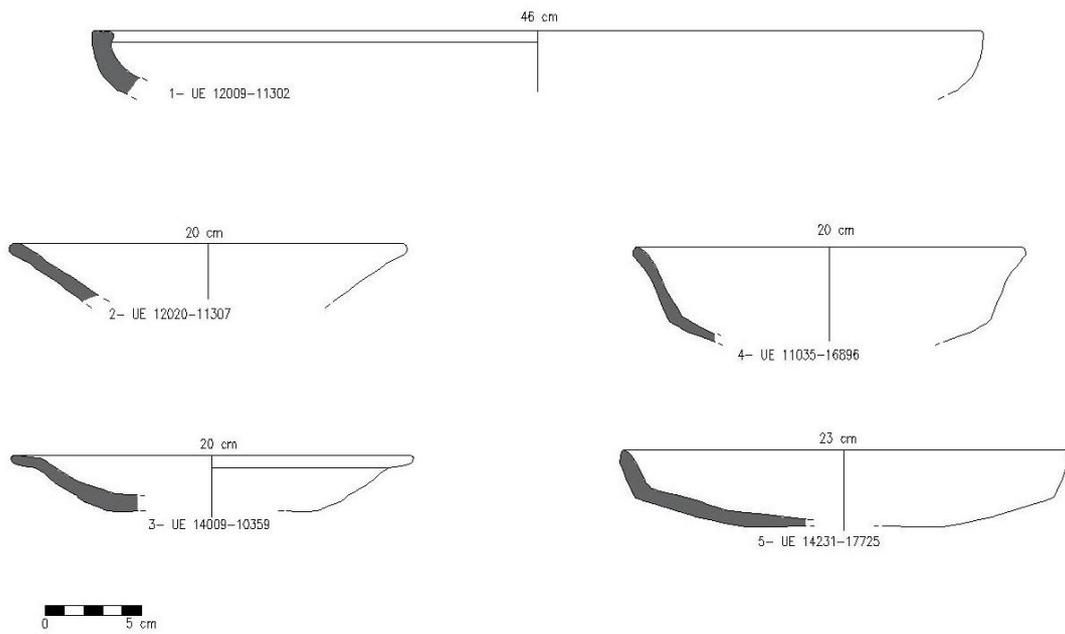


Figura 23: Platos y cuencos paleoandalusíes de La Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

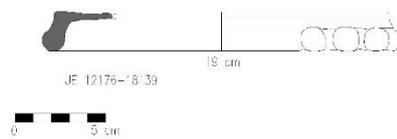


Figura 24: tapadera paleoandalusí de La Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

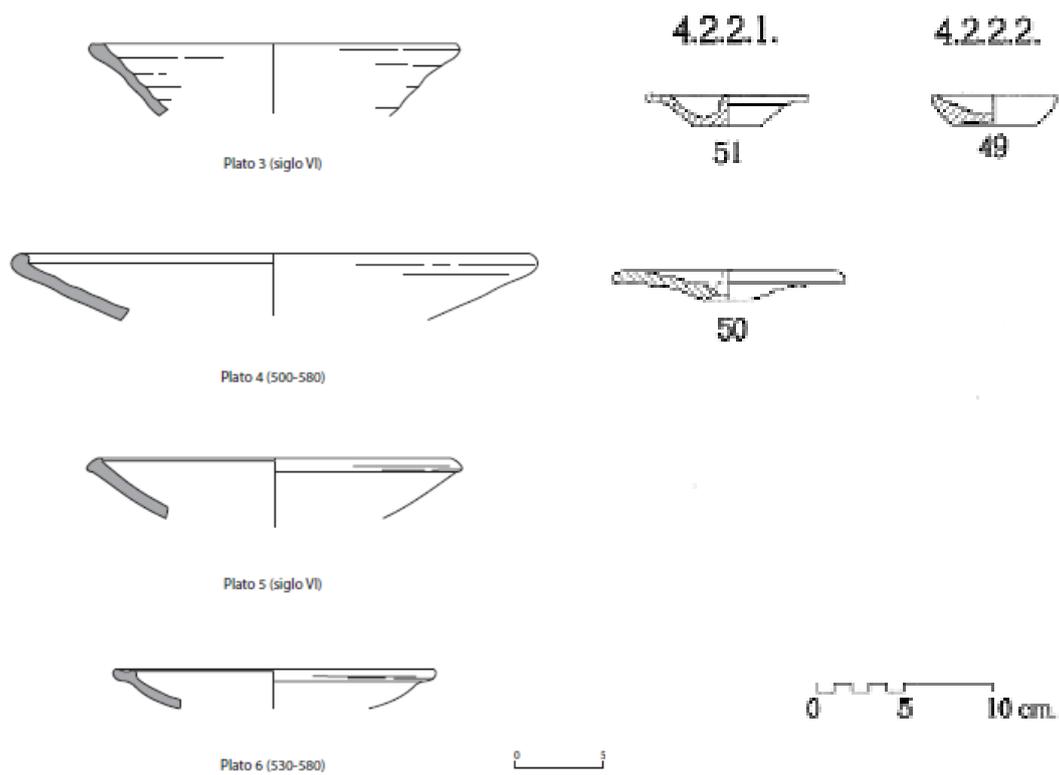
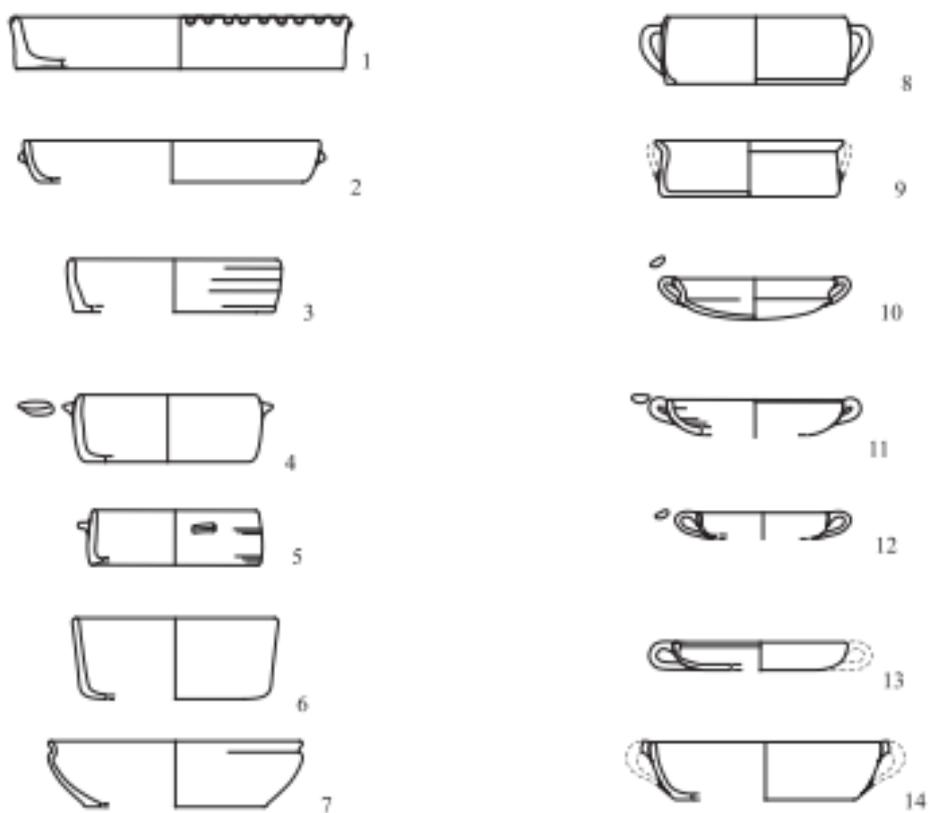


Figura 25: izquierda, platos tardoantiguos de la Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007); derecha tapaderas paleoandalusíes de Córdoba (Casal et al., 2005)

Serie Cazuela



Piezas para hacer pan

Serie Tannūr



Serie Disco y Cazuela del pan



Serie Tapadera



Figura 26: Cazuelas, platos y tapaderas peninsulares paleoandalusíes (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003)

Jarros

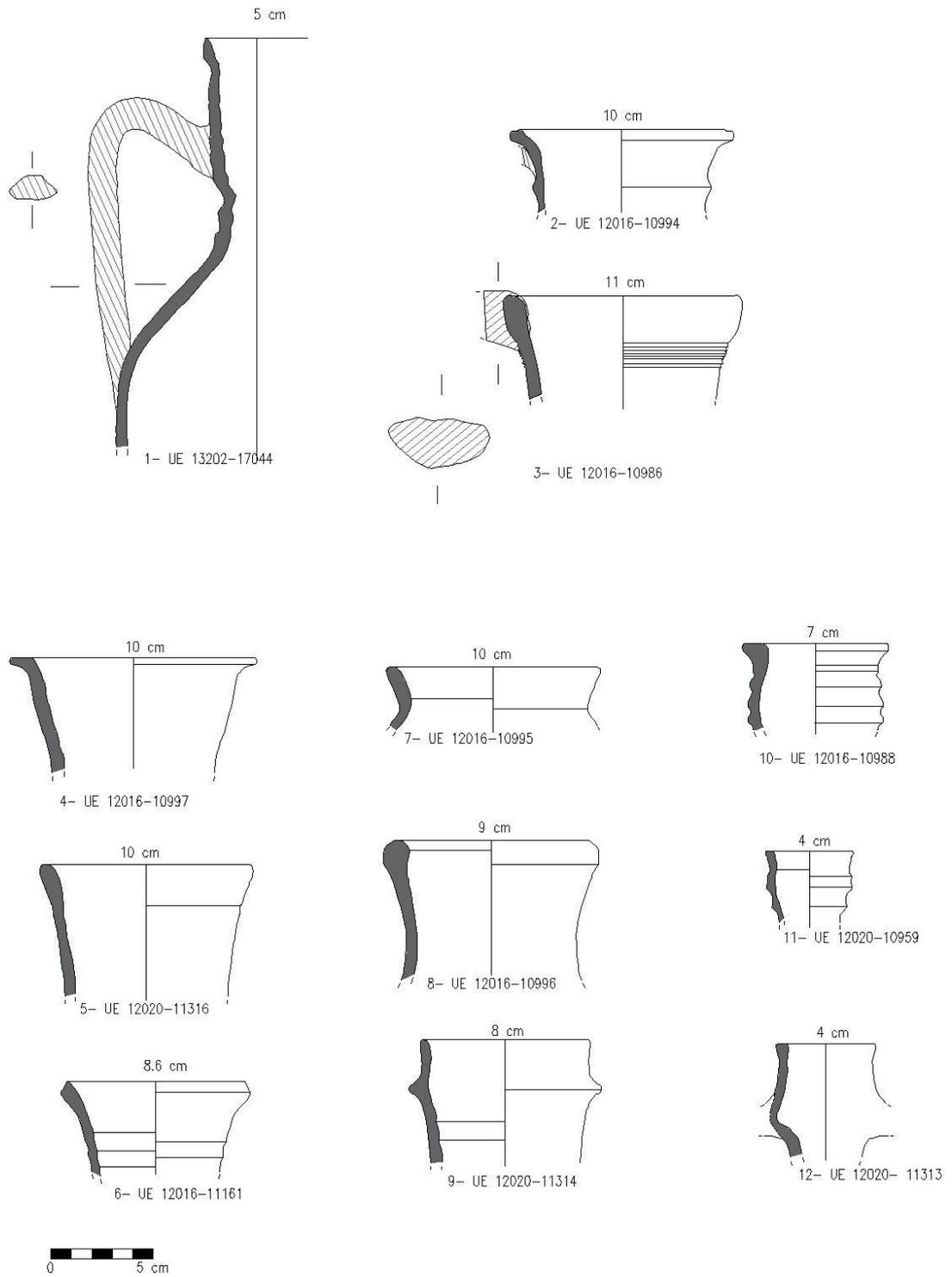


Figura 27: Jarros paleoandalusés de la Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

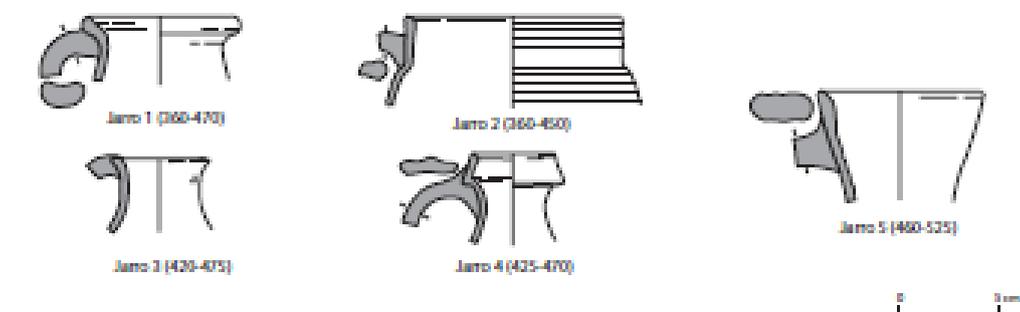


Figura 28: jarros tardoantiguos de la Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007)

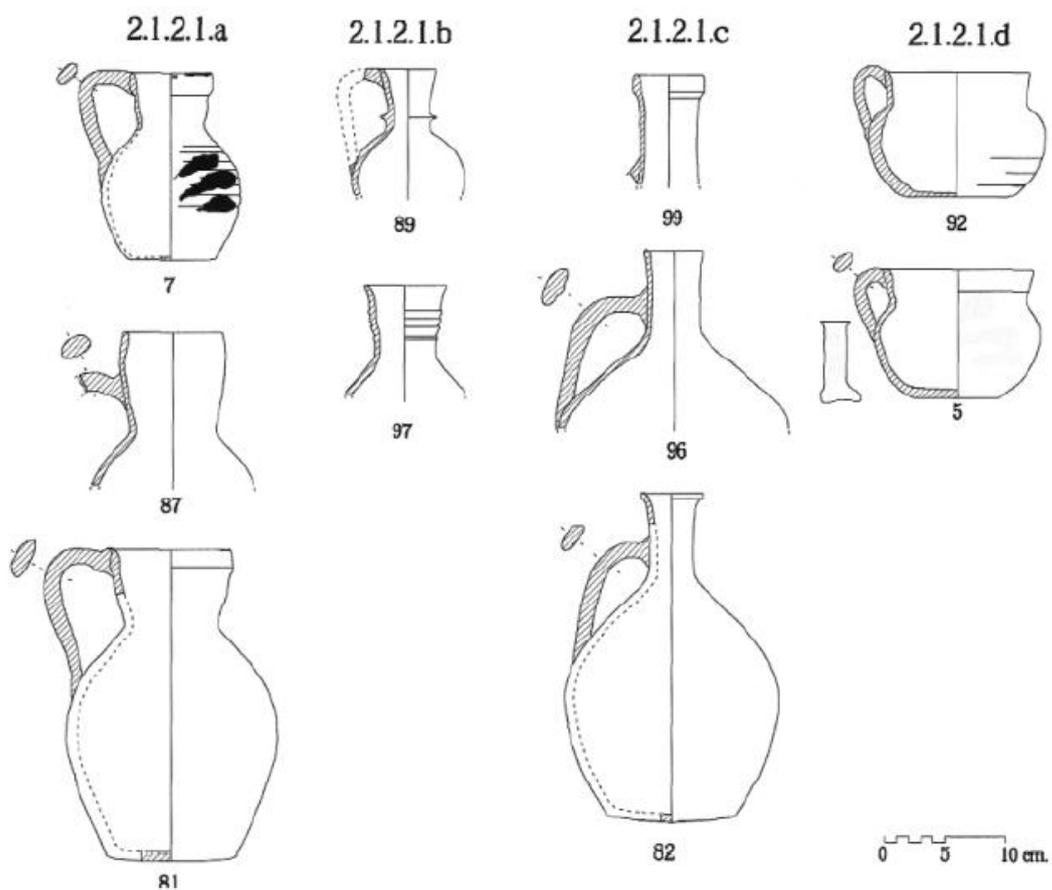


Figura 29: jarros paleoandalusés de Córdoba (Casal et al., 2007)

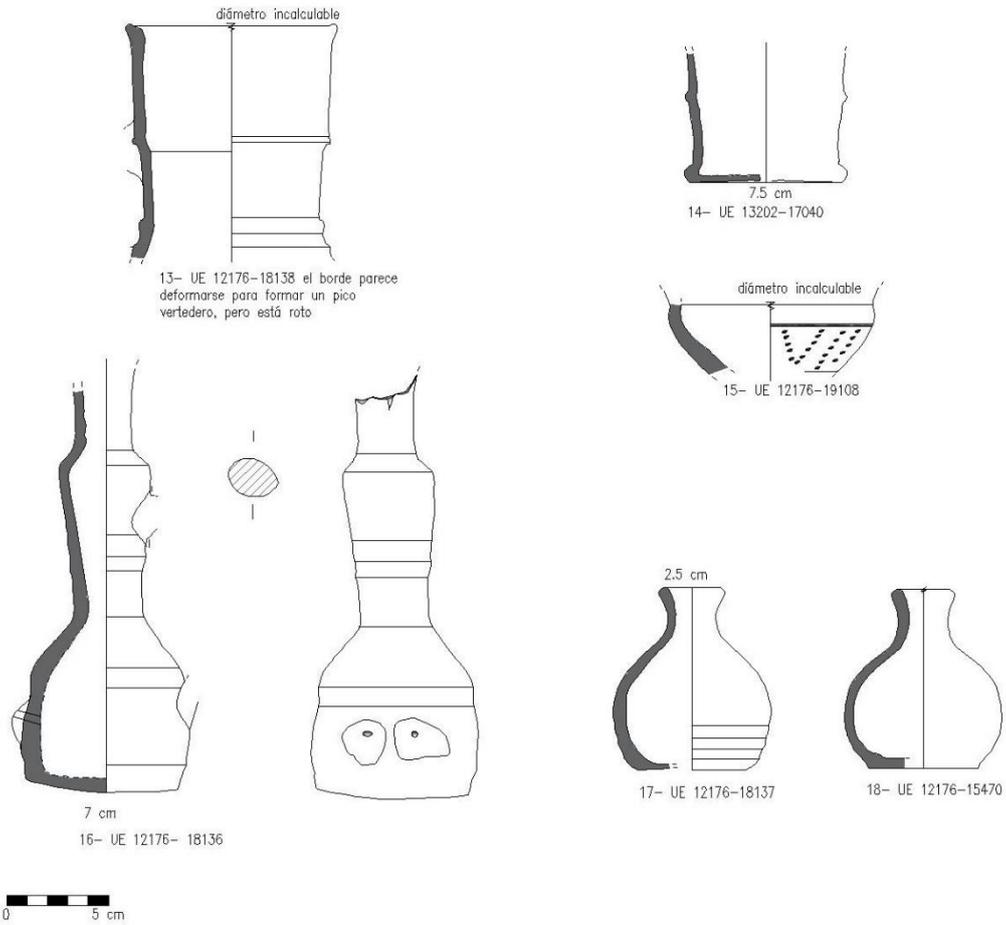


Figura 30: redomas, jarrito y botellas paleoandalusíes de la Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

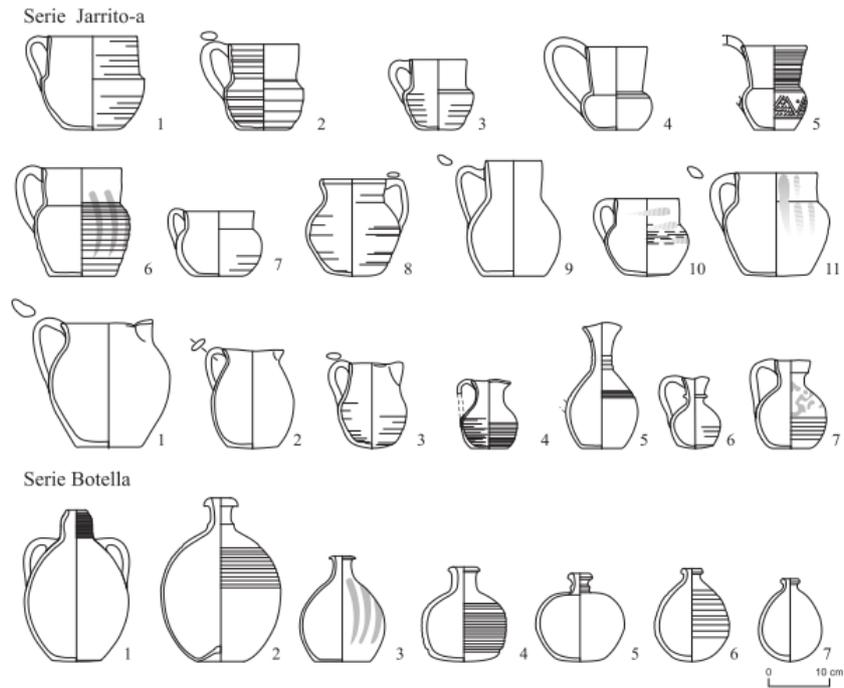


Figura 31: jarritos y botellas paleoandalusíes (Alba Calzado y Gutiérrez Lloret, 2003)

Lebrillos

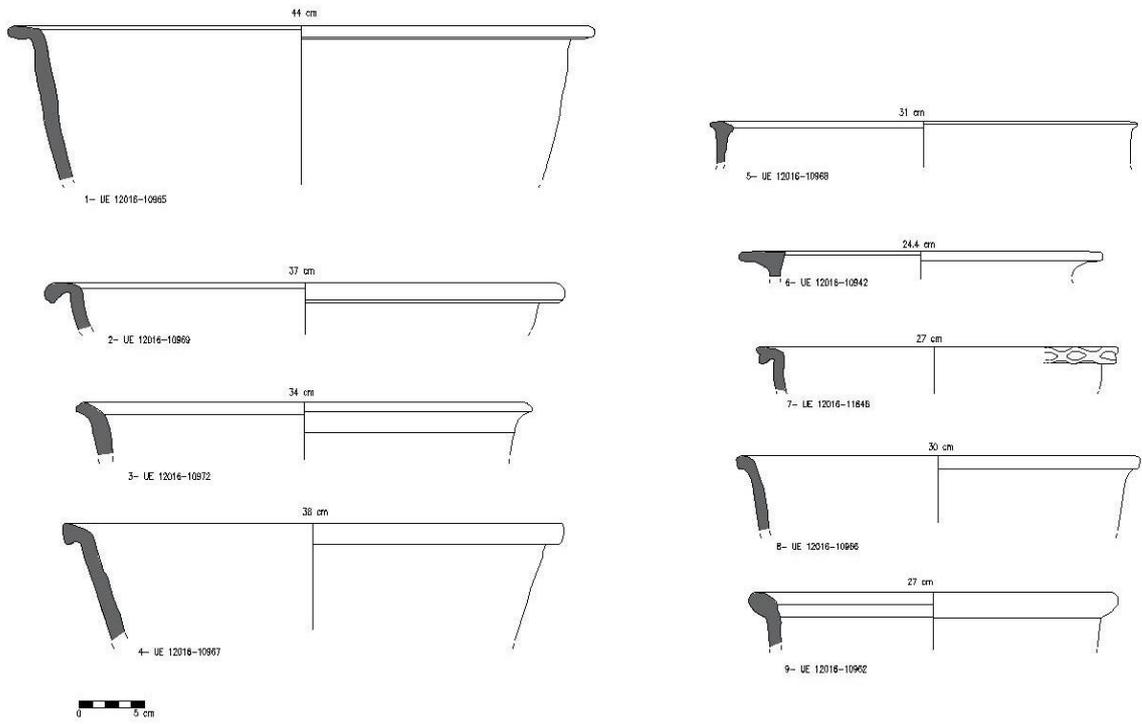


Figura 32: lebrillos paleoandalusés de La Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

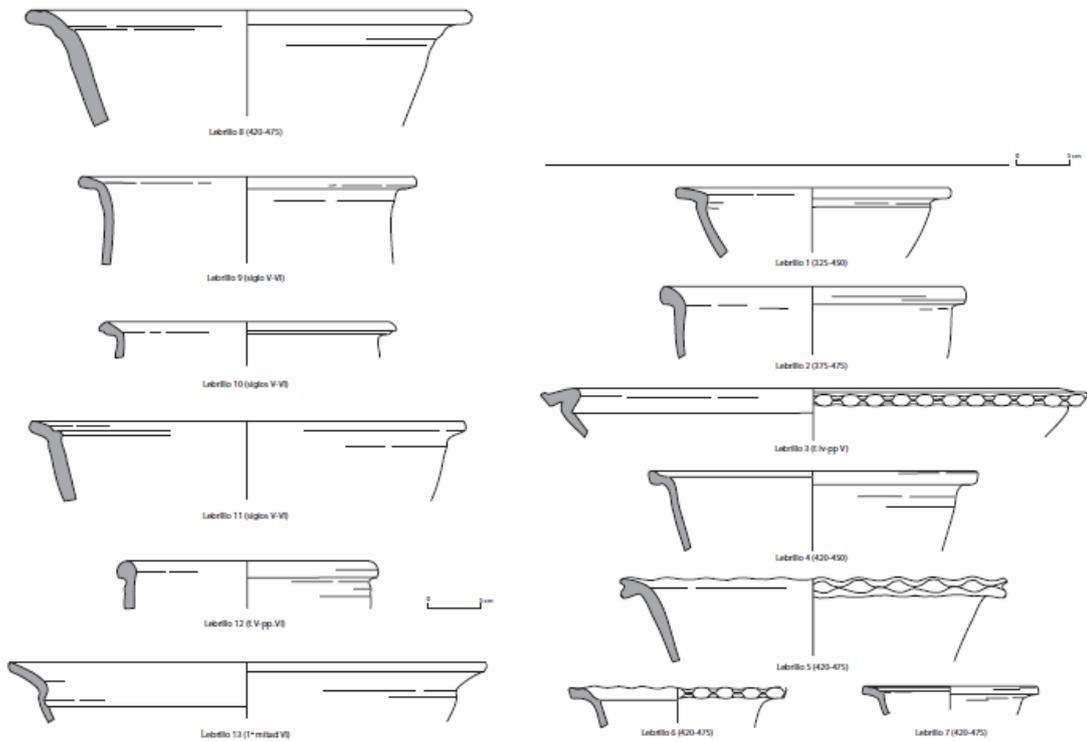


Figura 33: lebrillos tardoantiguanos de la Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007)

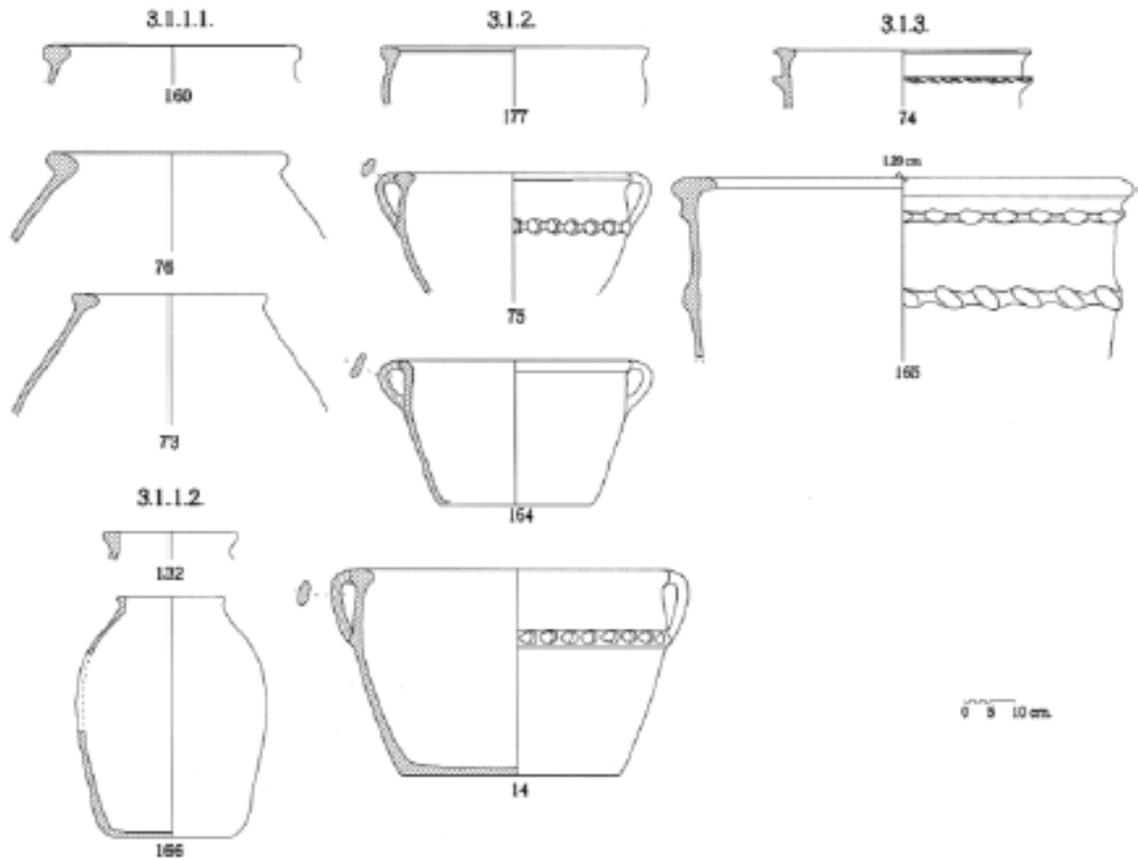


Figura 34: lebrillos y tinajas paleoandalusés de Córdoba (Casal et al., 2003)

Orzas

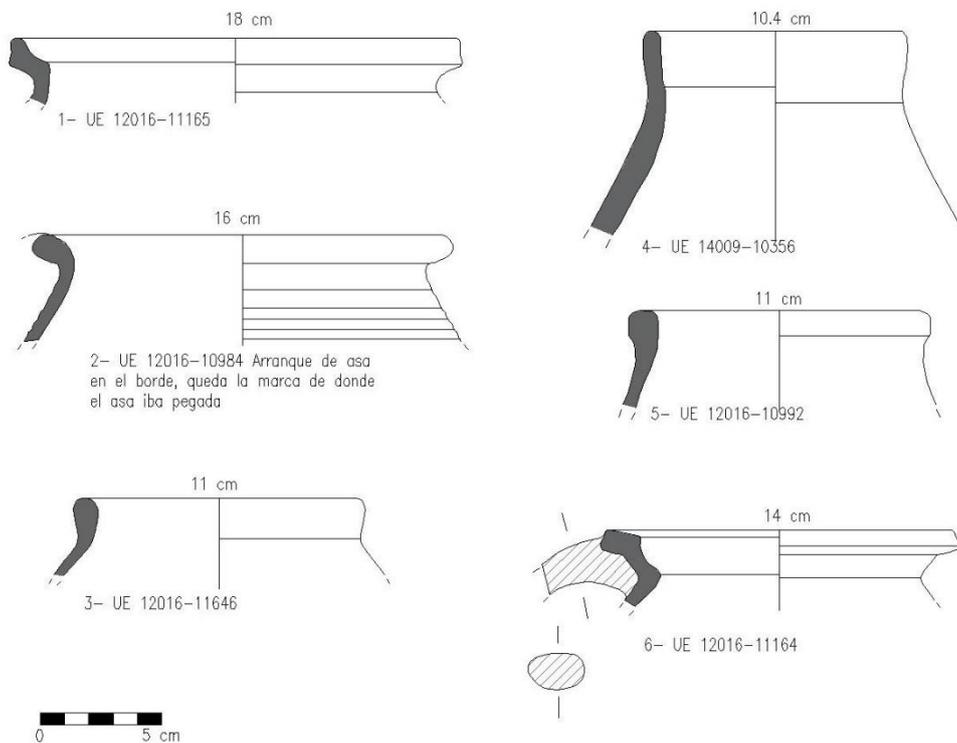


Figura 35: orzas paleoandalusés de La Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

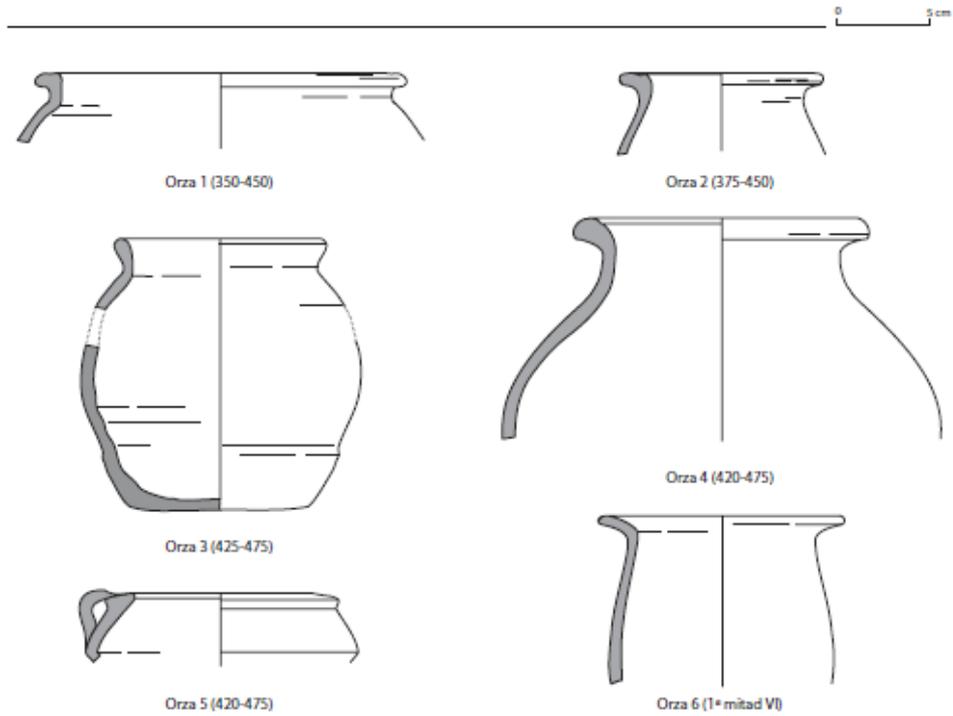


Figura 36: orzas tardoantiguas de la Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2007)

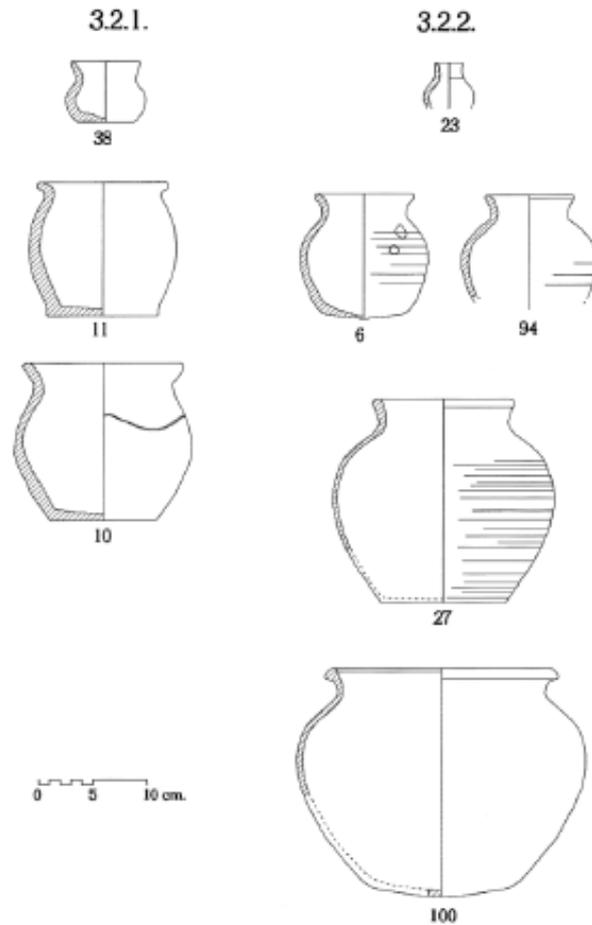


Figura 37: orzas paleoandalusíes de Córdoba (Casal et al., 2005)

Morteros

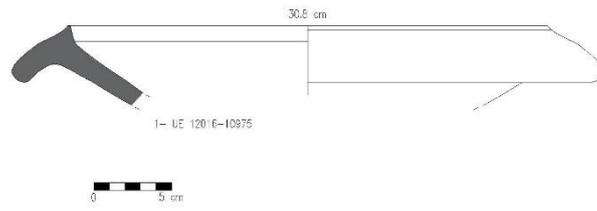


Figura 38: mortero paleoandalusí de la Plaza de la Encarnación (elaboración propia)

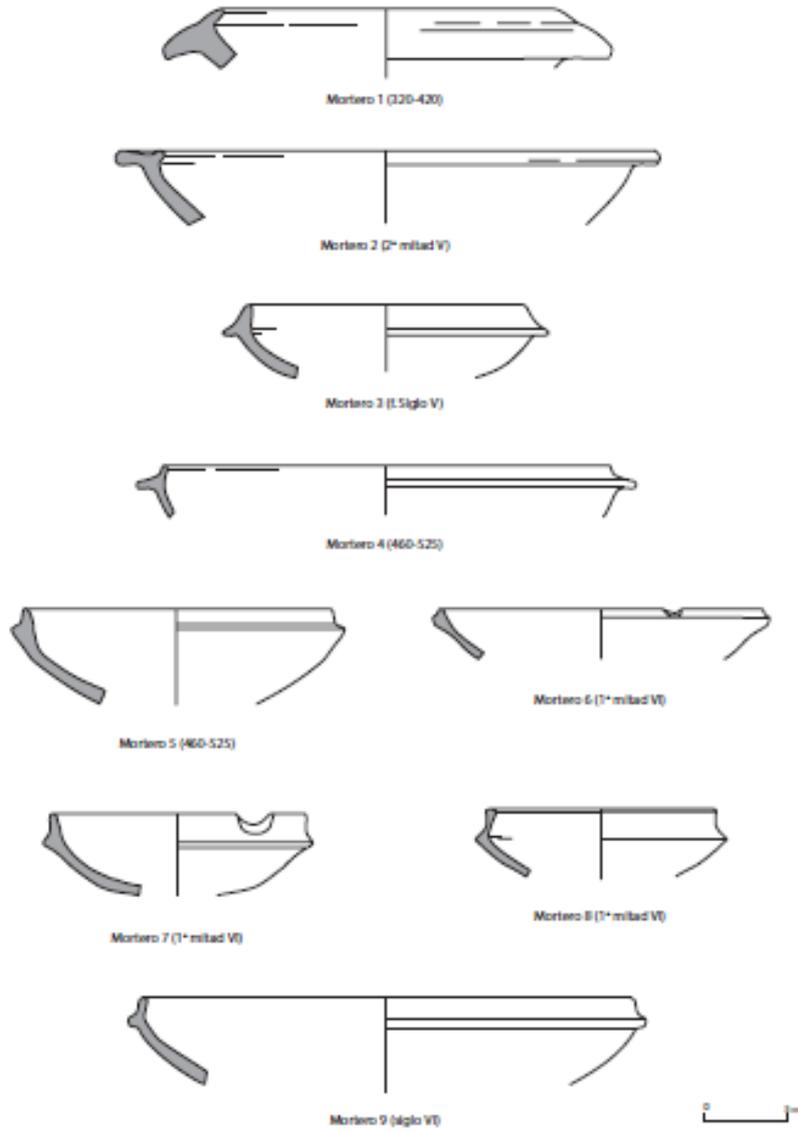


Figura 39: morteros tardoantiguos de la Plaza de la Encarnación (Amores et al., 2005)